

STAR WARS

THE LAST OF THE JEDI

DARK WARNING

BY JUDE WATSON

SCHOLASTIC



STAR WARS

El Último de los Jedi

2 - Advertencia Oscura

Jude Watson

CAPÍTULO UNO

Se acercaba cada vez más. En pocos minutos, los divisaría.

Obi-Wan Kenobi observaba desde la cabina de un crucero varado y desmejorado, cómo Boba Fett registraba metódicamente el abarrotado espaciopuerto de los Gemelos Rojos, buscando a su presa. El Jedi vio el compacto cuerpo de Fett moverse por las filas de cruceros espaciales, su casco giraba mientras él y sus dispositivos de vigilancia lo captaban todo.

Obi-Wan pudo ver que Fett se movía en un patrón que sólo parecía aleatorio. El cazarrecompensas pasaba a la siguiente línea después de la tercera nave, luego saltaba una fila, moviéndose hacia atrás, después avanzaba hacia adelante en filas alternantes. Era un patrón complicado de seguir por un ser ordinario, pero cosa fácil para un rastreador excepcional como Boba Fett... o un Jedi como Obi-Wan. Para un observador, Fett parecería estar deambulando de modo casual, pero en pocos minutos habría revisado cada nave del espaciopuerto. Incluyendo la de los Jedi.

Obi-Wan vio a su compañero, Ferus Olin, observando a Fett desde las sombras de la cabina.

—Nos doy tres minutos —dijo Ferus.

—Dos y medio —corrigió Obi-Wan.

Ferus y Obi-Wan habían aterrizado en el espaciopuerto de los Gemelos Rojos pocos minutos antes, junto con su polizón Trever Flume, de trece años de edad. Se habían enredado con Boba Fett en el planeta Bellassa, y eran muy conscientes de sus habilidades. Además, tenía a otro cazarrecompensas con él —D'harhan, un ciborg con un cañón láser poco atractivo pero letal por cabeza. Las fuerzas de seguridad imperial, dirigidas por el Inquisidor Malorum, habían contratado a los cazarrecompensas para atrapar a Ferus, un héroe del movimiento de la resistencia en Bellassa.

Incluso mientras Obi-Wan sopesaba sus posibilidades de escapar, quería darse de patadas por todo el espaciopuerto por estar aquí en primer lugar. Había estado en Tatooine cuando escuchó que Ferus estaba en problemas —Tatooine, donde se suponía que tenía que estar y velar por el joven Luke Skywalker. A Obi-Wan siempre le había gustado el antiguo aprendiz de Jedi, el cual había dejado la Orden justo antes de que le hubiesen llamado para hacer las Pruebas —de hecho, se había sentido aliviado al saber que alguien que había sido tan cercano a los Jedi seguía vivo. ¿Pero salvar a Ferus era razón suficiente para arriesgarse a dejar Tatooine? Obi-Wan había estado atormentado por la indecisión... hasta que escuchó a su antiguo Maestro, Qui-Gon Jinn, que por fin le hablaba, gracias al entrenamiento de Qui-Gon con los Whills.

Qué conmoción que había sido oír la voz de Qui-Gon, y qué poco sorprendente debería haber sido que Qui-Gon fuera el que le dijese que se marchara. Cosas mucho más grandes que Ferus estaban en juego, y Qui-Gon le dijo que necesitase seguir la Fuerza Viva... y sus sentimientos.

Así que los había seguido hasta Bellassa, se había visto enredado con la resistencia, y había escapado con Ferus a duras penas. Ahora estaba en mitad de la galaxia, lejos de Tatooine, con

dos cazarrecompensas detrás de él. Mientras tanto, el Inquisidor Malorum se estaba acercando a la verdad de la existencia de Luke y Leia, investigando Polis Massa, el lugar donde su madre, Padme Amidala, había muerto. Obi-Wan sabía que tenía que detener a Malorum... pero primero tenía que apartar a los cazarrecompensas de su rastro. Obi-Wan no podía regresar a Tatooine hasta que se los hubiese quitado de encima. No podía conducir a nadie hasta el hijo oculto de Anakin Skywalker.

—Hey, colegas —dijo Trever. Su erizado pelo azul parecía estremecerse con ansiedad mientras miraba de Obi-Wan a Ferus—. No es por meter prisa, pero ¿no deberíamos despejar al estilo apresúrate-y-sácame-de-aquí?

—Simplemente nos seguiría —dijo Ferus—. Y no hay forma de quitárnoslo de encima con esta chatarra. Necesitamos una nave diferente. Esto no acabará hasta que consigamos una y salgamos de aquí.

—Bien, excelente —dijo Trever—. No hay problema. Sólo dame un minuto.

—No puedes robar una —le advirtió Obi-Wan.

—Claro que puedo —dijo el joven adolescente—. Todo lo que tengo que hacer es puentear los controles de seguridad de ignición inicial, después—

Obi-Wan alzó la mano. —Después tendremos que hacer frente a seguridad así como a Boba Fett. Tenemos que hacer esto sin dar ninguna alarma.

—Es un concepto nuevo para ti, chico —le dijo Ferus a Trever.

—Trataré de recordarlo —contestó Trever con una sonrisa. A pesar de su joven edad, había sido el ladrón callejero más experto de la ciudad capital de Ussa en Bellassa. Con sólo trece años había controlado una enorme porción del mercado negro. Cuando las cosas se calentaron demasiado para él, se había colado con Obi-Wan y Ferus mientras ellos escapaban.

Pero si las cosas habían estado calientes como un sol entonces, ahora estaban calientes como tres soles.

Rápidamente, Obi-Wan, Ferus, y Trever reunieron sus equipos de supervivencia y bajaron de un salto de la nave. Obi-Wan se aseguró de camuflarse, su cabeza era irreconocible bajo una capucha. No quería ser reconocido por Boba Fett.

—Tendremos que intentar comerciar. El truco está —dijo Obi-Wan en voz baja mientras mantenía los ojos puestos en la figura errante de Boba Fett—, en escoger la nave adecuada. Y el piloto adecuado. Tiene que pensar que ha conseguido un buen trato, pero el trato no puede ser demasiado bueno o sospechará.

—Me pregunto donde está D'harhan —dijo Ferus.

—Probablemente se quedó en la nave —supuso Obi-Wan—. Habría atraído la atención de seguridad.

Desembarcaron de su nave y se colaron entre el gentío gruñón. Las nuevas regulaciones del Imperio habían hecho los controles más lentos, y las partidas a menudo era demoradas mientras se realizaban largos controles de seguridad. Los pilotos y los pasajeros se arremolinaban, matando el tiempo hasta que sus números brillaban intermitentemente en una pantalla enorme en lo alto. En ese momento se unían a la fila que iba al punto de inspección de seguridad dentro del edificio principal. Algunos de ellos habían convertido el área frente al hangar en un área informal de picnic, y el trueque de comida y bebida era el típico intercambio animado de los pilotos, mientras se insultaban diversamente y se halagaban unos a otros en los comercios.

Obi-Wan estudió atentamente las naves. Necesitaban algo con un hiperimpulsor, algo bueno para el espacio pero no demasiado vistoso. Necesitaban velocidad y algún tipo de

armamento. Conociendo la nave de ataque Firespray de Boba Fett armada hasta los dientes, los cañones láser ciertamente vendrían bien.

En su cabeza, Obi-Wan separó las filas de naves y el complicado patrón que estaba siguiendo Fett. Si seguían moviéndose en un contrapatrón, no se topaban con él. Por supuesto, él encontraría su nave muy pronto, y su vigilancia se intensificaría. Pero si eran afortunados, habrían salido disparados del espaciopuerto para entonces.

Si eran afortunados.

Cosa que no eran.

Boba Fett cambió su patrón y los divisó de lejos, atacando inmediatamente desde atrás. La Fuerza surgió, advirtiéndolo a Obi-Wan sólo una fracción de segundo antes de que el cazarecompensas estuviera sobre ellos.

Rayos láser llovieron sobre ellos. Obi-Wan saltó y los esquivó. No quería usar su sable láser —aquí no, con una muchedumbre mirando. La noticia de que un Jedi había sido visto se propagaría, y la cacería se intensificaría. Hasta donde le concernía a la galaxia, todos los Jedi habían sido eliminados. Cualquier Jedi que fuese encontrado compartiría rápidamente el mismo destino.

El entrenamiento Jedi de Ferus le hizo moverse más rápido que un transeúnte ordinario, esquivando casi al mismo tiempo que Obi-Wan. Las habilidades callejeras de Trever hicieron que se zambullera bajo la panza de una nave. Un piloto sorprendido asomó la cabeza por la cabina del piloto un segundo después de que los rayos láser se descargaran sobre su casco. Comenzó a maldecir contra Boba Fett, pero se metió dentro cuando Fett giró y apuntó su bláster Westar-34 en su dirección.

La distracción le dio dos segundos a Obi-Wan —dos segundos que se convirtieron en un largo momento de contemplación, mientras precisaba la posición exacta de las naves que le rodeaban, de la multitud y de los edificios. Vio una oportunidad para conseguir refugio temporal pero no vio lo que estaba buscando —una vía de escape.

En caso de duda, pensó, haz lo inesperado.

Obi-Wan cargó, con la capucha todavía ocultando su identidad. Se abalanzó bajo el fuego láser, desarmado. Un sorprendido Boba Fett dio un paso hacia atrás. Era demasiado bueno para tropezar, pero durante el susurro más pequeño de un segundo perdió levemente el equilibrio. Obi-Wan lo vio. El lado izquierdo de Fett era el punto vulnerable.

Saltó. En el aire, se contorsionó, cayendo con una bota plantada directamente en la rodilla izquierda de Boba Fett. Pero para su sorpresa, Fett no se derrumbó. Obi-Wan sintió ceder el cuerpo del cazarecompensas, pero repentinamente Fett cambió de dirección, plantándose más firmemente. Obi-Wan se detuvo de repente y tuvo la desagradable sensación de sentir un codo blindado impactando en su nuca, enviándole al suelo.

Había visto ese movimiento antes. El recuerdo de una pelea desesperada en Kamino volvió a él. Jango Fett le había enseñado a su hijo adecuadamente. Ojalá Obi-Wan lo hubiese recordado a tiempo.

Ferus llegó a la carga mientras Obi-Wan rodaba por el suelo, esquivando los rayos láser con sus reflejos Jedi.

De repente, la nave que estaba a su lado explotó. Obi-Wan y Ferus salieron despedidos por la potencia de la explosión, cabalgando un cojín de aire que los lanzó contra el permacreto. Duracero derretido llovió a su alrededor. Ferus se agachó rápidamente cuando un asiento de la cabina aterrizó a escasos milímetros de su cabeza.

—Bueno, hola D'harhan —dijo Ferus a través de sus apretados dientes.

Hubo un momento de aturrido silencio después de la explosión, y después las sirenas comenzaron a sonar. Pilotos y pasajeros buscaron una posición segura y ventajosa desde la que observar la batalla. Había sido una tarde aburrida, y a nadie le parecía mal un poco de diversión. Prometía ser una buena pelea.

Ferus se puso en pie. Su cara estaba negra por el humo y el polvo de la explosión. —Me encanta la manera de presentarse que tienen esos tipos—le dijo a Obi-Wan.

Boba Fett se estaba aprovechando de la explosión para acercarse, sus rayos láser cruzaban velozmente el aire. Obi-Wan sabía que tenía que permanecer oculto, lejos de los espectadores. En alguna parte podría usar su sable láser sin atraer la atención.

—Ve hacia la izquierda —le dijo tersamente a Ferus—. Mantén a D'harhan ocupado.

— ¿Por qué siempre me toca lo peor? —replicó Ferus con más humor del que Obi-Wan recordaba que había tenido como aprendiz.

Ferus pareció alejarse flotando al moverse tan graciosamente, deslizándose entre dos naves espaciales y desapareciendo. Obi-Wan usó la Fuerza para impulsar su salto, apartándose de la nave de su derecha y aterrizando en el puntiagudo tejado de duracero del hangar. Había una ventana abuhardillada a medio camino tejado abajo, una ventana que estaba construida en el propio tejado. Obi-Wan se zambulló buscando cobertura detrás del saliente.

Fett llevaba una mochila propulsora, y se alzó en lo alto para aterrizar en el tejado sólo segundos después que Obi-Wan. Avanzó cautelosamente, incapaz de ver al Jedi. Obi-Wan activó su sable láser. Ahora lo hacía tan raramente que sintió una oleada de sentimientos inundándole cuando lo hizo, algo cercano al dolor y a la alegría, un recuerdo de lo que una vez había significado ser un Jedi. Una vez había viajado libremente a través de la galaxia. Ahora tenía que esconder lo que era. Ahora todo lo que conocía era secretismo y cautela.

Los rayos láser desgarraron repentinamente a través de la ventana abuhardillada, a escasos centímetros de donde esperaba. Boba Fett no corría riesgos.

Obi-Wan no se movió, a pesar de que sintió la quemadura de calor en su mejilla.

Escuchó ruido de pasos acercándose. Justo cuando alcanzaron la esquina de la ventana abuhardillada, justamente cuando sólo quedaba una fracción de segundo antes de que Fett le viera, Obi-Wan salió de un salto.

Pero Fett debía haber estado esperando eso. Tomando apenas un segundo para apuntar, disparó el misil de impacto de su mochila propulsora.

Obi-Wan sintió reverberar las ondas de choque. Salió despedido del tejado, su cuerpo fue alzado en el aire como un trozo de tela. Ralentizó el momento, buscando una forma de aterrizar que no involucrase estrellarse contra el permacreto que se alzaba hacia él.

Trató de alcanzar el cable de ascensión en su cinturón de utilidades. Lo lanzó volando mientras caía, el gancho se agarró al borde del tejado. Botó en el aire, duramente, torciendo el hombro cuando se meció hacia atrás rápidamente. Golpeó el tejado y siguió avanzando, cargando contra Fett, con su sable láser resplandeciendo. Cortó el rifle láser de Fett con un golpe limpio.

Obi-Wan no tenía donde ir cuando Fett se estrelló repentinamente contra él, enrollando sus brazos alrededor del cuerpo del Jedi, apartando de un golpe su sable láser, y propulsándole hacia atrás, intentando tirarle del tejado. En lugar de tratar de romper el agarre de Fett, Obi-Wan agarró sus brazos, y los dos hombres salieron disparados por el borde, girando en el aire. La muchedumbre de debajo los vio y se quedó sin aliento.

Los dos cuerpos cayeron a través del aire durante varios segundos largos antes de que Fett activase su mochila propulsora. Mientras encendía sus propulsores, manipuló la mochila para poder aplastar a Obi-Wan contra el lateral del edificio repetidamente. Obi-Wan sintió los golpes estremeciéndose a través de sus huesos.

Fett se apartó y fue hacia el edificio de nuevo. Obi-Wan vio el sólido duracreto acercándose hacia su cara. Invocó la Fuerza para ayudarse. Lo necesitaría. En el último momento, alzó las piernas y pateó la pared. La sacudida radió hacia arriba a través de su cráneo. Giraron fuera de control, y Obi-Wan aprovechó la oportunidad para aflojar el agarre de Fett. Cayó, reuniendo la Fuerza para amortiguar su aterrizaje y recoger su sable láser caído.

No se hirió, pero el dolor que ascendió por sus piernas le dijo que el empujón para apartarse de la pared le había afectado. Los espectadores se dispersaron mientras se ponía de pie. Boba Fett venía detrás de él, implacable.

Ferus corría a través de la multitud. Obi-Wan sintió surgir la Fuerza avisando cuando otra explosión del cañón de D'harhan allanó una parte del hangar.

Ferus fue lanzado hacia atrás por la explosión. D'harhan seguía acercándose. Boba Fett estaba preparándose para otro asalto. Obi-Wan cargó hacia adelante, agarrando a Ferus y tirándole al suelo.

—Vamos —urgido Obi-Wan. No había llegado hasta aquí para perder a Ferus ahora.

Ayudó a Ferus a pasar por los escombros y saltó dentro del medio demolido hangar. Las macizas puertas estaban en el otro extremo, firmemente cerradas. D'harhan y Boba Fett entraron por la abertura, bloqueando cualquier vía de escape.

Obi-Wan y Ferus estaban atrapados.

CAPÍTULO DOS

Fett y D'harhan no les dieron ni una oportunidad de formar una estrategia. Los cazarrecompensas eran todo movimiento, D'harhan le pasó a Fett un bláster para que ambos pudieran disparar a voluntad. El aire se llenó de escombros y humo.

—Ojalá tuviese un sable láser —masculló Ferus mientras él y Obi-Wan se zambulleron buscando refugio detrás de una gran nave que esperaba reparaciones. Había devuelto su sable láser cuando dejó la Orden—. Este sería un momento excelente para sacar el tuyo, Obi-Wan.

De momento, Obi-Wan esperó. Él y Ferus se colocaron detrás de una gran consola de reparaciones, llena de herramientas. Vio el de humo rizando se desde la cabeza de D'harhan, y supo que los cañones láser se habían recalentado. El fuego láser de Boba Fett no podría penetrar la nave. Estaban seguros por el momento.

Pero sólo por el momento. Obi-Wan escudriñó el hangar. A pesar de la increíble potencia de fuego de D'harhan, sabía que Fett era la amenaza más grande. De lo dos, Fett tenía la astucia.

Por encima, los puntales mantenían el tejado en su lugar. Una serie de arqueados soportes flexibles de duracero se entrecruzaban en lo alto. La mitad del tejado había sido completamente destruida cuando Fett había disparado el misil de impacto.

Los arcos de soporte serían un lugar excelente para llevar a cabo una batalla. Fett tenía su mochila propulsora, pero D'harhan estaría en desventaja. Tendría que permanecer en el suelo.

Obi-Wan señaló con su barbilla. — ¿Puedes hacerlo? —le preguntó a Ferus, indicando el enrejado de arriba.

Ferus sonrió abiertamente. — ¿Puede volar un bantha?

—Realmente, no.

—Eres un minucioso con los detalles, Obi-Wan.

De repente, la Fuerza surgió, y Obi-Wan escuchó un leve ruido. D'harhan había lanzado otra carga explosiva de su cañón láser. El crucero en reparación sufrió un golpe directo. Las llamas se extendieron hacia Obi-Wan y Ferus, y ellos saltaron para evitarlas.

Eso era justamente lo que Boba Fett estaba esperando. El sable láser de Obi-Wan bailó, devolviendo el fuego láser del cazarrecompensas mientras Obi-Wan saltaba hacia la seguridad de un puntal a gran altura. Ferus aterrizó en una nave al lado del crucero ahora destruido, luego usó el impulso de su salto para dar un segundo brinco, invocando la Fuerza esta vez. Navegó por el aire, las puntas de sus dedos rozaron la viga más bajo. Obi-Wan vio pánico en sus ojos. Se agachó y agarró la muñeca de Ferus, después le alzó.

Boba Fett se movió rápidamente, activando los propulsores de su mochila y elevándose en el aire, disparando mientras se acercaba. Desviando los disparos, Obi-Wan se ocupó de la retaguardia mientras él y Ferus corrían hacia la abertura del tejado.

Ferus tenía su tosco armamento para utilizar. Metió la mano en su bolsillo, después le lanzó algo a Fett, un disco brillante que giró en una línea recta, directamente hacia él. Fett se apartó, pero el disco golpeó su armadura cerca del hombro, dejando una grieta en su superficie. Obi-Wan se dio cuenta que Ferus se había llenado los bolsillos con las cuchillas redondas láser que habían dentro de una herramienta servocortadora. Lanzó otro y otro, y Fett lo estaba pasando mal para esquivarlos. Con cada ráfaga de su mochila, se acercaba peligrosamente a las vigas.

Felicitando silenciosamente a Ferus por su inventiva, Obi-Wan cambió de rumbo y cargó hacia Fett que daba bandazos, balanceando su sable láser sobre la cabeza mientras corría. Localizó con precisión los pernos que sujetaban las planchas de duracero del techo en su sitio, golpeando cada uno con un toque rápido y cortante en un cuidadoso patrón. Ahora todo lo que D'harhan tenía que hacer era cooperar.

El cyborg no era nada más que previsible. Obi-Wan vio su cañón láser girar mientras le seguía. La luz roja de rastreo comenzó a parpadear.

Boba Fett supo instantáneamente lo que iba a ocurrir. Obi-Wan vio una urgencia nueva en sus intentos de esquivar los cortantes láseres giratorios de Ferus mientras se dirigía hacia abajo para detener a D'harhan.

Llegó demasiado tarde. El fuego del cañón se dirigió a gran velocidad hacia ellos. Obi-Wan lo había anticipado y se había balanceado en una viga, volando por los aires hacia la parte posterior del hangar. Ferus le pisaba los talones.

La potencia de fuego desgarró el tejado donde había estado Obi-Wan. Todos los pernos habían sido cortados por el sable láser en este panel en particular, y el delgado duracero se despegó como la cáscara de una fruta, cayendo hacia el suelo.

Boba Fett consiguió ponerse a salvo, pero D'harhan estaba atrapado. El panel de duracero le golpeó de lleno en la espalda, aplastándole contra el suelo y atrapando sus piernas.

Obi-Wan y Ferus cayeron al suelo. Balanceando su sable láser, Obi-Wan avanzó hacia Fett. Ferus se resguardó detrás de las diversas naves, intentando llegar por detrás de Boba Fett para así poder arrinconarle. Con D'harhan temporalmente fuera de juego, esa sería su mejor oportunidad para detener a Fett.

Desafortunadamente el daño no había pasado desapercibido para la seguridad del espaciopuerto. Una pelea entre pilotos era una cosa, el daño de la propiedad otra. Repentinamente los deslizadores llenaron el espacio, pilotados por oficiales de seguridad armados con rifles láser. Fett era su primer objetivo, y se dirigieron hacia él. El cazarrecompensas ahora tenía las manos ocupadas mientras se giraba para recibir su asalto.

Con un rápido golpe, Obi-Wan destruyó el panel de control del cañón láser de D'harhan. La sonrisa usual del ciborg ahora era una mueca. Su voz inexpresiva estaba ronca. —¿Crees que has ganado, verdad?. Pero nosotros no perdemos. Un día serás otro prisionero Jedi en Coruscant. Malorum tiene sus métodos.

El fuego láser de vertió sobre el suelo a su lado. Habían llegado más oficiales de seguridad. —No se muevan —dijo una voz amplificada.

Cuando Ferus se les unió, la sonrisa de D'harhan se ensanchó. —Ahora estaremos todos juntos en prisión.

Ferus se inclinó hacia abajo. —No vamos a ir a ninguna parte contigo, tabla de circuitos divididos.

Obi-Wan escuchó el zumbido de un motor. Vio a través de la puerta parcialmente abierta que un crucero espacial había maniobrado con habilidad por la línea y se aproximaba al hangar.

Trever.

Ferus también le vio. —Hora de coger el aerotaxi —dijo.

Corrieron hacia la nave. Trever la hizo girar y activó la rampa de aterrizaje mientras se alzaba en el aire. Con un salto volador, Obi-Wan y Ferus aterrizaron en la rampa y subieron a bordo.

Rayos láser cayeron sobre la rampa cuando se cerraba mientras ellos corrían por el interior de la nave. Alcanzaron la cabina justo cuando Trever enviaba el crucero rugiendo por encima del espaciopuerto.

Mientras entraban a gran velocidad en la atmósfera, los Gemelos Rojos menguaban en dos palpitantes puntos carmesíes, después un único brillo rojizo.

—Bonita conducción, chico —le dijo Ferus a Trever—. ¿Dónde has conseguido la nave?

La cara de Trever estaba sonrojada. —Comercié por ella mientras vosotros danzabais por ahí. Pensé que necesitaríamos una huida fácil.

—No tan fácil —dijo Obi-Wan. Una luz brillante cruzaba velozmente el cielo.

Boba Fett había escapado en su nave.

CAPÍTULO TRES

Trever miró el panel de control. —Aw, me tomas el pelo. Este tipo realmente está empezando a ponerme los nervios de punta.

Sin apartar los ojos del caza que les seguía, Obi-Wan dijo, —Podemos perderle en el hiperespacio.

—Cierto —dijo Trever—. Ojalá tuviésemos un hipermotor.

Ferus se giró y le dedicó a Trever una mirada incrédula. —¿No comerciaste por una nave con hipermotor?

—No tuve mucho tiempo, ya sabes —protestó Trever.

—Estamos en el extremo del Borde Exterior —dijo Ferus—. Aquí todas las naves tienen hipermotor. Excepto en la que estamos.

—No oí que te quejases cuando llegué a rescatarte —contestó Trever.

—Si no os importa una sugerencia —dijo Obi-Wan—. Los qué-habría-pasado-si... no ayudan. Fett está ganando terreno.

Ferus comenzaba a odiar cuando Obi-Wan tenía razón. —¿Quieres que me haga cargo? —preguntó, señalando los controles.

—Claro —Obi-Wan pasó al ordenador de navegación—. Odio volar. Y, Trever, creo que esto podría estar más allá de tu experiencia.

Ferus tomó el mando de los controles. Se preguntó sobre su propia experiencia. Durante los últimos años había estado viviendo tranquilamente en Bellassa, tratando de dejar atrás su pasado Jedi. La decisión de marcharse había sido la más dura que había tomado nunca, y eso le había perseguido cada día y cada noche. Había dejado que su rival, Anakin Skywalker, lo empujara a abandonar. Había dejado atrás una vida de misiones y significado por... el aislamiento. Él y su amigo Roan habían vivido tranquilamente —hasta que el alzamiento del Imperio los había convertido en Rebeldes. Ferus había encontrado su causa una vez más. Y había jurado perseverar esta vez, hasta que el Imperio fuese derrotado. Ahora Roan estaba perdido, Bellassa era una nueva parte de su pasado. Una vez más, Ferus se encontraba en el camino del Jedi —pero inseguro de si era un camino que le estaba permitido tomar.

Aumentó la velocidad, después redujo, intentando conseguir una sensación de los motores poco familiares. —Simplemente voy a tener que dejarlo atrás.

Obi-Wan lanzó una mirada inquieta por la ventana de la cabina. —Tengo fe en tus habilidades como piloto, Ferus, pero he visto a esta Firespray en acción. Para ser una nave pequeña, es impresionante. No dejes que te engañe. Además de esos cañones desintegradores, tiene cañones láser y minas sísmicas.

—Un trozo de pastel —dijo Trever, pero estaba pálido mientras veía lo rápido que Fett ganaba terreno. —¿No quieres acelerar? —le preguntó a Ferus nerviosamente.

—Sabemos que puede rebasarnos —señaló Ferus—. La única forma en la que vamos a ganar esto es si podemos sobrepasarlo con astucia.

Obi-Wan estudió el mapa estelar. —Déjame ver si puedo encontrar un campo de asteroides en el que escondernos o una densa nebulosa —dijo Obi-Wan—. Necesitamos jugar al escondite.

Ya estaban casi dentro del campo de tiro. Obi-Wan avanzó rápidamente a través de los diferentes cuadrantes en el ordenador de navegación. —Hay una densa nebulosa cerca de aquí.

Todos cúmulos estelares deshabitados. Si podemos arreglárnoslas para aguantar, podemos conseguirlo en pocos minutos.

El revestimiento blindado de la nave de Boba Fett se deslizó hacia atrás y el cañón láser cobró vida. Vetas de luz se dirigieron hacia ellos. Ferus hizo un picado pronunciado mientras Fett aumentaba la velocidad, acercándose hacia ellos.

—No pensé que sería... tan rápido —dijo Ferus, aumentando la velocidad y haciendo un giro brusco a la derecha.

El fuego láser no les acertó por poco. Otra andanada voló en su dirección.

Ferus volteó y cambió la dirección de la nave, girando y lanzándose en picado. Trever fue lanzado contra la consola y rápidamente saltó a un asiento para agarrar los abrazaderas.

Ahora estaban en una carrera, una carrera que posiblemente no podrían ganar. El ataque envió ondas de choque que abofetearon la nave, meciéndola. Tembló tan fuerte que Obi-Wan temió que se partiese por la mitad. Sintió rechinar sus dientes.

—Será mejor que lleguemos allí cuanto antes —dijo Ferus. —Nos estamos quedando sin combustible.

— ¡Dijo que acababa de llenarlo! —protestó Trever.

—Nunca confíes en un piloto, niño —dijo Ferus.

El cañón disparó de nuevo, y aunque Ferus se lanzó en picado, la nave tembló cuando fue golpeada. Fett continuó después del fuego láser con un torpedo rastreador.

— ¡Sujetaos! —gritó Ferus.

La nave se zambulló, después se alzó. El torpedo los siguió, rastreándolos con precisión.

—Ésta es una nave de carga, ¿verdad? —le preguntó Obi-Wan a Trever. El chico asintió—. Suelta la carga.

Trever pulsó el interruptor. La bahía de carga se abrió y derramó contenedores y cajas vacías. En el mismo momento, Ferus forzó la nave en otro picado pronunciado. El dispositivo rastreador del torpedo siguió el cargamento en su lugar.

—Eso sólo funcionará una vez —dijo Ferus—. Y tenemos un problema. No creo que los sistemas de potencia estén acostumbrados a ser golpeados de esta manera. Tenemos algunas luces indicadoras amarillas parpadeando. Nuestros sistemas están fallando.

— ¡Nebulosa acercándose! —gritó Trever.

Ese momento no llegó antes de tiempo. Ferus contó los segundos mientras Fett martilleaba tras ellos. La Fuerza llenó la cabina. En momentos de necesidad, Ferus era capaz de acceder a ella y usarla —eso nunca había desaparecido del todo. La sintió moverse a través de él, y relajó su agarre en los controles. Una vez, había basado su vida en confiar en la Fuerza. Tenía que acordarse de hacerlo otra vez.

La nave entró repentinamente en un túnel de diminutas estrellas rotando alrededor de un núcleo central de energía. Luz dorada llenaba la nave, y la perturbación atmosférica la hizo rebotar alarmantemente. — ¡Agarraos! —gritó Ferus. Manióbró el crucero a fin de aprovechar las corrientes, rotando mientras se sacudía de un extremo del corredor estelar al otro. — ¿Cuánto tiempo estaremos dentro de esto? —le ladró a Obi-Wan.

—No mucho tiempo. Estamos al borde de una corriente inestable, pero se está alejando rápidamente de nosotros.

Fett les seguía, sin rendirse, tan intrépido como Ferus —e igual de dispuesto a forzar su nave.

Obi-Wan se agarró a la consola mientras estudiaba el mapa estelar. Aquí había información incompleta, espacios en el mapa, sin duda por la volatilidad de la atmósfera. —Parece que hay un planeta llamado Deneter ahí adelante. Fue abandonado después de las Guerras Clon —fue tan diezmado por las batallas que la población emigró hasta el Núcleo. Tiene veinte satélites deshabitados orbitando a su alrededor —le gritó las coordenadas a Ferus. Podrían ser capaces de perder a Fett entre los satélites.

Atravesaron el túnel estelar y entraron en la atmósfera del planeta. Ferus forzó la nave, zumbando de un satélite a otro, acechando detrás de uno para alejarse detrás del siguiente. Boba Fett se quedó en su cola, disparando sus cañones.

—Esto no está funcionando —dijo Obi-Wan—. No podemos sacudirnoslo.

—Todavía no me he quedado sin trucos —masculló Ferus, esperando que fuese cierto—. Trever, ¿recuerdas la acción de tu trineo?

En las calles de Ussa, Trever había usado el poco manejable trineo como un deslizador, forzando sus capacidades para evadir la seguridad del Imperio. — ¿Qué acción? —preguntó Trever, con los ojos fijos en la nave de Fett.

—Esa es la que finges girar, y entonces te recuperas y sales zumbando —dijo Ferus.

—Sí. Siempre funciona.

—¿Cómo lo haces?

—Bueno, requiere cierto toque —dijo Trever—. Y un empuje adicional en los estabilizadores.

—Necesitaré un empuje de otro sistema —dijo Ferus—. ¿Puedes conseguir alguna potencia de los hidráulicos?

—Espera un momento —dijo Obi-Wan—. Eso nos podría dejar sin suficiente potencia de frenado para aterrizar.

Otra andanada de fuego láser envió la nave en un picado pronunciado. Esta vez, la explosión les golpeó en la cola. La nave perdió el control durante varios agonizantes y largos segundos, mientras Ferus luchaba por estabilizarse. Al final, con un gran gemido, la nave se enderezó a sí misma.

—No obstante —dijo Obi-Wan—, podemos preocuparnos por el aterrizaje cuando llegue el momento.

—Ese es exactamente mi pensamiento —dijo Ferus a través de sus apretados dientes.

Trever se zambulló hacia el suelo y abrió el panel del motor. Saltó dentro del pequeño espacio. —No tengo mucha experiencia con motores sublumínicos, pero... —escucharon murmullos y ruidos de metal—. ¡Lo tengo! —gritó Trever desde abajo.

—De acuerdo, todo el mundo —dijo Ferus—. Cuando diga 'agarraos', realmente quiero decir eso esta vez.

Ferus aceleró, forzando ahora los motores al máximo. Un leve bamboleo en las alas les dijo que la nave estaba al borde de su control. —Aquí vamos —masculló. La nave comenzó a escorar, como si hubiese perdido el control del motor izquierdo. Aturdidamente, giró, cayendo ahora a través del espacio, dirigiéndose directamente hacia el asteroide. Fett les siguió, sin duda para registrar su espiral de muerte... y apresurar su fin. Los cañones láser desataron su potencia de fuego a través de la atmósfera, pero viajaban demasiado erráticamente para que ninguno de los ordenadores de rastreo se fijara en ellos.

La superficie del satélite surgió amenazadoramente. En el último momento, Ferus enderezó la nave, con los centros de control gritando por el esfuerzo. Fett los sobrepasó. Ahora

él era lo único que debían controlar. Observaron como su nave se acercaba dando bandazos a la superficie. Fett no tenía más alternativa que hacer un aterrizaje forzoso.

Hubo una pequeña explosión de fuego, y vieron alzarse el humo.

Obi-Wan estudió el sensor de formas de vida. —Ha evacuado la nave. No está destruida, pero no va a ir a ninguna parte durante un tiempo.

Ferus remontó hacia la atmósfera. —Espero que esta sea la última vez que le vemos —dijo—. Pero de alguna manera, no lo creo. Ahora, me temo, tenemos que tratar con nuestro propio problema de aterrizaje.

CAPÍTULO CUATRO

No tenían muchas alternativas. Podían aterrizar en el deshabitado planeta, pero estarían demasiado cerca de Boba Fett para sentirse a gusto. Además, no tenían razones para pensar que podrían escamotear combustible para despegar.

—Tenemos una opción —dijo Obi-Wan mientras escaneaba el ordenador de navegación—. El ordenador muestra que no tenemos suficiente combustible para conseguirlo, pero podríamos ser capaces de ganar algunos kilómetros más de los que muestra el ordenador. Es un planeta medianamente grande; por lo que tiene que tener un muelle orbital o un astillero orbital. Se llama Acherin.

—Me suena familiar —dijo Ferus.

—Fue donde tuvo lugar uno de los últimos asedios de las Guerras Clon —dijo brevemente Obi-Wan. El nombre del planeta trajo una carga pesada para su corazón. Su amigo Garen Muln había sido Comandante de las fuerzas de la República en Acherin y probablemente había muerto allí en ese día horrible cuando los soldados clon se habían vuelto contra los Jedi, matando a sus antiguos generales por orden del Lord Sith que ahora era Emperador.

—Introduce las coordenadas —dijo Ferus—. Es nuestra única opción.

No había nada que hacer ahora más que esperar que el combustible aguantase. Mientras giraban por el espacio, intentaron no contar los kilómetros mentalmente. Finalmente, se aproximaron al planeta, una neblina de tintes violeta en la distancia.

Obi-Wan usó la unidad de comunicaciones, intentando conseguir una respuesta. —Esto es extraño —dijo él—. No puedo obtener una respuesta. No sólo eso, sino que no hay charla en las líneas abiertas.

—Esto es raro —dijo Ferus—. Sigue intentándolo. ¿Hay algún tipo de perturbación atmosférica en el aire?

—No. Tienen una densa atmósfera interna, pero nada que pueda bloquear las comunicaciones.

—Vamos a tener que entrar en su atmósfera —dijo Ferus—. Odio entrar en cualquier lugar sin permiso estos días, pero no tenemos alternativa.

Redujo la velocidad mientras se acercaban a Acherin.

—¿Qué es eso? —preguntó Trever, señalando hacia algunas vetas naranjas en el cielo.

—Podría ser algún gas cósmico surgiendo de forma natural —dijo Obi-Wan.

—Pero estamos en la atmósfera interna —dijo Trever.

Ferus empezó a girar la nave inmediatamente. —En ciertas condiciones, como una atmósfera densa, el residuo de la combustión de un misil puede dejar—

Una andanada repentina surcó el cielo. Esta vez, supieron exactamente lo que era.

—Eso es fuego láser —dijo Obi-Wan—. ¿Pero qué? —Repentinamente, una imponente flota de naves de asalto apareció, dirigiéndose directamente hacia ellos.

—El Imperio —dijo Trever.

Los cazas despegaron de una de las naves de asalto —persiguiendo un trío de pequeños cazas que salían disparados a través del cielo. Los cazas Imperiales comenzaron a perseguir a los tres renegados.

Ferus tragó. —Genial. De todos los planetas de la galaxia, tenemos que elegir uno en medio de una guerra.

—Vamos a tener que aterrizar —dijo Obi-Wan. Rápidamente accedió a los sistemas de mapeo de la superficie—. Simplemente desciende, no estamos cerca de ningún espaciopuerto, y no queremos caer en manos del Imperio en cualquier caso.

Rápidamente, Obi-Wan escaneó los sensores topográficos. —Hay un área debajo, en un cañón que nos daría bastante cobertura —le dio a Ferus las coordenadas.

Repentinamente, uno de los cazas renegados se separó de los demás. Se acercó a ellos, volando tan cerca que su panza casi raspó el techo de su nave.

— ¡Me está forzando a descender! —gritó Ferus—. ¿Qué está pasando?

—Y está disparando —añadió Obi-Wan—. Está alertando al Imperio de nuestra posición.

—Sí, esto sigue mejorando.

Bajaron rugiendo a través del cielo. La superficie del planeta surgió amenazadoramente.

—No puedo mantener este curso —dijo Ferus. El fuego láser sacudió la nave.

La nave encima de ellos fue golpeada. El humo oscureció su visión repentinamente.

— ¡Vamos a realizar un aterrizaje forzoso! —gritó Ferus, forcejeando con los controles.

Con un horrible gemido, la nave tocó tierra y patinó en la roca. Ferus controló el aterrizaje, pero la paliza que recibió de las rocas le afectó negativamente. Se detuvo finalmente de costado, el metal gritaba contra el árido suelo.

Activaron la rampa de aterrizaje, la cual sólo se abrió en parte. Ferus registró el compartimiento del piloto y encontró un viejo bláster, que sujetó en la mano mientras les conducía afuera.

A corta distancia, el piloto del caza renegado había salido de su carlinga, con un bláster preparado.

El fuego láser fue hacia ellos, intentando mantenerlos en un pequeño área.

— ¡No os mováis! —Gritó el piloto—. Si os movéis, estáis muertos.

CAPÍTULO CINCO

El piloto con el casco puesto estaba de pie sobre el casco de la nave, casualmente equilibrado, con ambas manos en el bláster. Obi-Wan alzó una mano y dio un empujón de Fuerza. El piloto tropezó hacia atrás... mientras Ferus alzaba su propio bláster y Obi-Wan saltaba hacia adelante para colocar la hoja de su sable láser sobre el cuello del piloto.

El piloto miró hacia arriba con los ojos azul oscuro como platos. —Vaya —dijo ella—, qué cosas pasan. Un Jedi.

— ¿Quién eres? —preguntó Obi-Wan.

—Raina Quill. Soy un comandante de la resistencia de Acherin. Encantada de conocerte. Eso en el caso de que apartes tu sable láser de mi cuello.

Era una mujer humanoide alrededor de la edad de Ferus. Su mirada parecía amigable, si bien intensa, pero Obi-Wan no iba a dejarla libre todavía.

— ¿Por qué nos obligaste a bajar?

—Porque estabais a punto de aterrizar en mitad de territorio controlado por el enemigo, justo al alcance de un turboláser. Me dio la impresión de que no os gustaría eso. Oye, pensé que todos los Jedi estaban muertos.

Obi-Wan desactivó su sable láser. —No todos.

—Aparentemente —se sentó cautelosamente—. Owhh. Por lo que parece, todavía estamos tras las líneas enemigas. Y tengo la sensación que esos cazas no nos perdieron. Tenían mejores cosas que hacer. Pero apuesto que difunden nuestro lugar de aterrizaje entre la infantería.

— ¿Quién es el enemigo? —preguntó Ferus.

—El Imperio, por supuesto —dijo ella.

—Pero erais un planeta Separatista.

Raina se puso en pie y se quitó el casco, liberando una larga trenza castaño rojiza. —Eso no significa que apoyemos al Imperio. Queríamos el derecho de separarnos de la República, no convertir la galaxia en un lugar de poder absoluto. Ahora tenemos un Emperador respirando sobre nuestros cuellos. De todas formas, estábamos negociando una tregua con el ejército de la República cuando acabaron las Guerras Clon. Después de echarle una mirada al Imperio, decidimos cancelar la tregua y seguir luchando en su lugar.

— ¿Y cómo está yendo? —preguntó Trever.

—Hemos estado luchando durante casi un año —dijo ella—. Pensaron que nos aplastarían en cuestión de semanas. Pero no vamos a ganar. Eso lo sabemos. Estamos manteniendo un último reducto en nuestra antigua ciudad de Eluthan. Tenemos nuestro ejército concentrado allí. Es una ciudad amurallada, y hemos evacuado a la mayoría de los civiles. Deberíamos tratar de llegar allí tan rápido como podamos. Y —agregó con una mirada pesarosa a sus naves—, me temo que vamos a tener que caminar.

— ¿Conocías al Comandante de las Fuerzas de la República? —le preguntó Obi-Wan.

— ¿Garen Muln? Sí, me reuní con él una vez, cuándo estábamos negociando la tregua. Pero deberías hablar con nuestro comandante, Toma. Él trató con Muln. Estaba con él durante ese último día... el día que el Canciller dijo que todos los Jedi eran enemigos.

El día de la masacre. Obi-Wan sintió que Ferus le miraba. Ferus sabía que Garen había sido un buen amigo de Obi-Wan. Ferus le había conocido como aprendiz, en lo que todavía pensaba como su vida anterior.

—Mira, será mejor que lleguemos a Eluthan —continuó Raina—. Puedes hablar allí con Toma.

Obi-Wan y Ferus intercambiaron una mirada. Realmente no tenían otra opción. Necesitaban una nave para salir del planeta, y Raina era su mejor opción para encontrar una.

Miraron a Trever, y este se encogió de hombros. —Creo que estoy listo para el paseo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —les urgió Raina.

La siguieron a través del cañón entrando en un denso bosque. —La mayoría de Acherin es campo abierto —les dijo ella—. Sólo tenemos tres ciudades. Eluthan es el centro de nuestra cultura. La fortificamos fuertemente durante las Guerras Clon y tenemos un escudo funcionando. Por eso nos hemos retirado allí.

Caminaron rápidamente durante varios kilómetros. Ferus le lanzó un paquete de comprimidos de proteína a Trever. Podía ver que el niño estaba cansándose.

—Sólo nos quedan algunos kilómetros para llegar —dijo Raina en voz baja—. El Imperio tiene acordonadas las afueras de la ciudad con su ejército. Podríamos toparnos con algunos droides exploradores. Con un poco de suerte podremos escabullirnos. Conozco algunos atajos.

Aceleraron el paso, a punto de empezar a correr. Llegaron a un vasto campo abierto tachonado con macizas piedras de posición, algunas de ellas de centenares de metros de alto. A lo lejos, hizo aparición una ciudad amurallada. Estaba construida en una meseta, y los gruesos muros de piedra se alzaban contra un desolado cielo amarillo. Había sido diseñada para la defensa, pero estaba claro que los constructores también tuvieron buen ojo para belleza. La piedra estaba colocada en un patrón, y los contrastantes entre grises y azules oscuro parecían formar una escultura de piedra deteriorada y colores profundos. Había cierta grandeza que hizo que Obi-Wan y Ferus se detuvieran en su camino.

Raina advirtió su reacción. —Es nuestro tesoro —dijo simplemente—. Y creemos que nos protegerá de cualquier cosa.

No del Imperio, pensó Obi-Wan.

Repentinamente un quejido agudo atravesó el aire.

—Es un vehículo compacto de asalto —dijo Raina—. Seguidme.

Corrieron detrás de ella para introducirse en un área densa de piedras de posición. Se quedaron inmóviles, sus espaldas pegadas contra la piedra, mientras el VCA se acercaba, con un droide pilotándolo.

Obi-Wan conocía esos vehículos. Eran pequeños y ágiles, pero propenso a las interferencias de los sensores. Supuso que el Imperio los estaba usando principalmente para vigilar esta área. Un droide podría cubrir una gran cantidad de territorio, y el vehículo estaba equipado con un cañón láser mediano.

El VCA les sobrepasó.

—Habrá más —dijo Raina.

Siguieron adelante. Fueron refugiándose de piedra en piedra, haciendo lentos progresos. De cuando en cuando un VCA les sobrepasaba, su piloto droide apuntaba una sonda de vigilancia

en el aire. Fueron capaces de evitarlo cada vez....hasta que tropezaron accidentalmente con un pequeño escuadrón de droides armados hasta los dientes. Esta vez, no había forma de esconderse. Escucharon el chasquido metálico cuando los droides se colocaron en posición de ataque.

El fuego láser hizo erupción desde el escuadrón droide. Raina alcanzó los dos blasters sujetos en su pecho y mantuvo una andanada constante mientras Ferus cargaba. Obi-Wan sacó su sable láser y fue por el flanco izquierdo, mientras Ferus fue a la carga por la derecha.

Obi-Wan cortó la cabeza de un droide y usó su inercia para desactivar el módulo de control de sensores de otro. Ferus voló por el aire y dio una patada giratoria descendente, escabulléndose de alguna manera entre las andanadas de fuego láser sin recibir ninguna.

Los otros dos droides se retiraron detrás de una alta piedra de posición y empezaron a dispararles rayos láser.

—Aquí llegan los refuerzos —Raina señaló a la distancia con su barbilla, donde los VCA se aproximaban—. Si podéis deshaceros de esos dos, puedo llegar a un área despejada y activar una granada de humo. El viento es de sudeste —llevará la mayor parte del humo hacia los VCA. Puedo llevarnos a través del humo hasta la entrada secreta en la pared. De esa manera no descubrirán nuestra posición.

—Hecho —dijo Obi-Wan invocando la Fuerza y saltando hasta la cima de una de las piedras más pequeñas. Saltó de una a otra hasta que tuvo a la vista los droides. Después cayó detrás de ellos. Antes de que tuviesen oportunidad de girarse y disparar, dos golpes del sable láser los convirtieron en chatarra.

Raina corrió por el área despejada y apuntó la granada de humo. Todavía estaba fuera del alcance de los cañones de los VCA. La granada voló por el aire. El espeso y acre humo salió y se extendió hacia los VCA. Obi-Wan volvió rápidamente hasta el grupo.

El viento llevó la mayor parte del humo lejos de ellos, pero todavía tenían que atravesarlo, sus ojos estaban llorosos. Siguieron el brillo metálico de la armadura de Raina mientras ella les dirigía a través del humo. Cuando llegaron a lo que parecía una simple pared, ella presionó varias piedras en lo que parecía ser un patrón aleatorio. Una gran piedra se deslizó.

Ella les indicó que entraran.

—Bienvenidos a Eluthan —dijo ella.

CAPÍTULO SEIS

Atravesaron andando las estrechas y desiertas calles. La ciudad no estaba diseñada en cuadrícula, sino en un patrón aleatorio, las calles y los callejones giraban, ascendían y descendían por el terreno montañoso. Las casas estaban hechas de suave piedra bronceada, y sólo tenían algunos pisos de altura.

—La mayor parte de los ciudadanos han sido evacuados —explicó Raina—. Ahora esto es poco más que una base militar. Pero una vez fue una ciudad próspera.

Caminaron hacia un amplio edificio de piedra en el borde de una plaza cubierta de hierba. La plaza ahora servía como plataforma de aterrizaje para las naves. Un techo del plastoide la cubría y la conectaba con el edificio.

—Esto solía ser una escuela —dijo Raina—. Muchos de los estudiantes se unieron a la resistencia, y el resto ofreció el edificio como base de operaciones. La mayoría de los acherinos son completamente devotos con esta causa. No tuvimos que pedir sacrificios. Los ofrecieron.

Trever sonrió burlonamente. —O tal vez sólo querían librarse de las clases.

Raina no se ofendió; se rió. —Tal vez.

Obi-Wan echó un vistazo al majestuoso y bajo edificio y a la extensión de hierba que una vez había florecido y que ahora estaba marrón y abrasada por el fuego de los motores y el pisoteo de las botas. Una vez, los niños y niñas habían atravesado corriendo esta hierba, habían estudiado en esta escuela.

Era raro cuánto odiaba la guerra, y aun así cuánta vida había gastado en ella.

Raina asintió a un guarda parado fuera de las puertas dobles, y ella y sus invitados pudieron entrar. Rápidamente les condujo hasta el centro de mando, un vestíbulo circular en mitad del edificio. Una vez había sido un lugar de encuentro para estudiantes, supuso Obi-Wan. Ahora había sido equipado con videopantallas y ordenadores.

Un hombre alto con la cabeza afeitada les vio entrar. Su cara estaba impasible, pero Obi-Wan notó cómo se relajó su cuerpo y su mirada gris se aclaró cuando vio a Raina. Obi-Wan supuso que éste era Toma.

—Pensábamos que habías sido derribada —dijo el hombre alto.

—Lo intentaron —dijo Raina—. Perdí mi nave. Pero encontré algunos amigos —les presentó.

Toma le dedicó a Obi-Wan una mirada penetrante. —Me alegro de conocer a un Jedi.

—Conocía a Garen Muln.

—Sí, nosotros...

Repentinamente la pantalla de mando se iluminó con luces palpitantes. Toma se giró y observó la pantalla. —El contraataque ha comenzado. El Imperio tiene nuestra flota rodeada. Tenemos que enviar allí a todos los pilotos.

—Estoy lista —dijo Raina—. Todo lo que necesito es otra nave.

Para sorpresa de Obi-Wan, Ferus habló.

—Me gustaría ofrecer mis servicios —dijo—. Me apunto a cualquier oportunidad de golpear al Imperio.

—Podemos usar tu ayuda —dijo Toma—. Raina, ¿puedes encontrarle una nave a nuestro amigo?

—Ferus... —dijo Obi-Wan, pero no supo cómo terminar el pensamiento. No podía prohibirle a Ferus que fuese. Esa no era su posición. Ferus no era su Pádawan.

Se quedaría aquí. Ésta no era su lucha. Nunca podría olvidar que su deber estaba con Luke y Leia. No podía arriesgarse innecesariamente.

—No te apures, Obi-Wan. Sólo haré un poco de daño y regresaré a por ti —dijo Ferus tranquilamente.

—Quiero ir —dijo Trever.

—Lo siento, niño —dijo Ferus—. Esta vez no.

—Realmente me estoy cansando de quedarme atrás.

—No creo que los polizones tengan opción —dijo Ferus.

Toma se giró hacia Obi-Wan. — ¿Observará la batalla conmigo? Apreciaré su consejo. Tengo un gran respeto por los Jedi.

Obi-Wan inclinó su cabeza. Estaría encantado de ofrecer consejo, pero le pesaba el corazón. Sabía que este esfuerzo estaba condenado. Ferus vio su sentimiento en los ojos del Jedi, y se giró bruscamente para ir con Raina.

Toma empezó a ladrar las órdenes a sus pilotos. Obi-Wan se tomó un momento para familiarizarse con el patrón en la gran pantalla cuadrada de la pared.

—Vuestro flanco izquierdo es débil —le dijo a Toma—. En batallas como ésta, a muchos comandantes les gusta usar movimientos de tenaza. Ellos tienen la superioridad numérica. Vosotros tenéis que volar entre ellos, no a su alrededor. Es más peligroso, pero también más efectivo.

Toma asintió. Habló por el comunicador, traduciendo las palabras de Obi-Wan en movimientos específicos de las naves. Los puntos en la pantalla se reajustaron.

Toma señaló dos puntos en movimiento, cada uno con un código numérico diferente. — Estos son Raina y Ferus. Han despegado.

Obi-Wan mantuvo la mirada en ellos. Ferus había tomado su decisión, pero Obi-Wan deseaba que se hubiese quedado aquí. Repentinamente se percató de cuánto dependía de él. Él mismo tenía que regresar a Tatooine, pero su consuelo era que Ferus estaría por la galaxia, haciendo lo que pudiese, dónde pudiese.

No tenía más consejos que darle a Toma. Estaba claro para él, mirando la pantalla, que la batalla ya estaba perdida. Los acherinos simplemente no tenían naves suficientes o potencia de fuego. Estaba asombrado por los osados pilotos y su habilidad, pero uno por uno los puntos parpadeantes desaparecieron. La cara de Toma se puso cenicienta.

—Estamos perdiendo nuestros mejores pilotos —dijo.

—No pueden aguantar —dijo Obi-Wan amablemente.

—No nos atrevimos a esperar que les venceríamos —dijo Toma—. Esperábamos ser una molestia suficiente para que simplemente se fueran.

—Ellos nunca se van simplemente —dijo Obi-Wan—. Su alcance es estrangulador. No se marcharán.

—Si mando a los pilotos de vuelta, se acabó —dijo Toma—. Tendré que rendir Eluthan.

—Si debe ser así, que así sea —dijo Obi-Wan.

Toma habló por su unidad de comunicaciones. —Llamando a todos los pilotos —dijo—. La batalla está perdida. Regresad a la base. Lo habéis hecho bien, todos vosotros.

Inclinó la cabeza. Obi-Wan observaba mientras Toma forcejeaba con su decisión. Cuando alzó la cabeza, sus ojos estaban claros. Con Obi-Wan fuera de su campo visual, contactó con el comandante Imperial, el Almirante Riwwel. Pronto la cara de Riwwel apareció en la pantalla.

—Estoy preparado para rendirme —dijo Toma—. Pido salvoconducto para mis pilotos. Acherin accede a ser parte del Imperio.

— ¿Cree que después de lo que qué ha ocurrido, después tantas muertes en nuestras fuerzas, esto es aceptable? —Se burló el Almirante Riwwel—. Debe pagar por su deslealtad. No acepto sus condiciones de rendición. Usted se rendirá según nuestras condiciones.

— ¿Y cuales son sus condiciones?

—La aniquilación. Eluthan debe pagar con su propia destrucción. Prepárese para un bombardeo de la ciudad. Ya hemos desactivado su escudo planetario.

Toma se giró rápidamente para comprobar el ordenador. — ¡No! ¡Es nuestra antigua ciudad, reverenciada por todos los acherinos, el lugar de nuestros tesoros más preciosos!

—Debería haber pensado en eso antes de hacerla su base.

La pantalla se volvió negra.

— ¿Qué he hecho? —se preguntó Toma en voz alta.

—Usted no lo ha hecho —dijo Obi-Wan—. Lo han hecho ellos. Debe decirles a los pilotos no que regresen. Serán destruidos.

—Están casi aquí... piensan que tienen salvoconducto... —Era cierto. Las luces intermitentes regresaban. Detrás de ellos estaban las luces de los destructores Imperiales, persiguiéndolos. Toma habló por su comunicador. — ¡No regreséis a Eluthan! ¡Repito, no regreséis! ¡Tomad acciones evasivas, ya!

Obi-Wan vio a las grandes naves del Imperio disparar aun como los pilotos se dispersaban. Todos ellos lo consiguieron, un tributo a las habilidades de los pilotos de Acherin. Para su abatimiento, vio dos luces palpitantes que comenzaban a tomar acciones evasivas, pero no cambiaron su curso.

—Ferus y Raina regresan aquí —dijo.

—No —dijo Toma con incredulidad—. Les matarán.

—Trever, vamos, debemos llegar al espaciopuerto —dijo Obi-Wan.

Los sonidos de las explosiones llegaron hasta ellos. El Imperio estaba llevando a cabo un bombardeo de la ciudad. Toma movió el control de imagen y vieron escenas de devastación en el exterior mientras los cañones retumbaban desde los destructores en las alturas.

Toma se estremeció cuando un edificio grande e imponente se desintegró repentinamente. —Las bibliotecas, los museos... nuestra universidad. ¿Cómo puede hacer esto una fuerza invasora? Están apuntando hacia eso. ¿Por qué simplemente no nos pueden dejar rendirnos? ¡Ésta es nuestra civilización!

—Es vuestra, no suya —dijo Obi-Wan—. Por eso no les importa. Todo lo que les preocupa es un despliegue de poder. Toma, debemos irnos.

Toma recobró rápidamente su autoridad. —Hay una plataforma de aterrizaje escondida con mi transporte personal. Ahí es donde irá Raina.

Con una última mirada a la pantalla, Obi-Wan se giró.

Le hizo un gesto a Trever. —Quédate cerca de mí.

—No voy a discutir eso —dijo Trever. El edificio tembló con el duro bombardeo. Las gruesas piedras aguantaron, pero aparecieron grietas y la suciedad cayó sobre ellos mientras corrían por los corredores.

Oyeron el sonido de botas marchando.

—Los soldados de asalto están aquí —dijo Obi-Wan.

Toma giró por otro corredor. El eco de las botas de los soldados parecía estar en todas partes. Obi-Wan se centró en los sonidos, conectando con la Fuerza para que le dijese lo que necesitaba saber.

—Hay un escuadrón de veinte adelante. Pero sólo cinco detrás —les dijo a los otros, cambiando de dirección—. Por aquí.

—No, no podemos —dijo Toma—. Eso conduce a un callejón sin salida. Tenemos que ir por aquí.

¿Hacia veinte soldados de asalto? Oh, bien —dijo Obi-Wan—. No se puede tener todo.

Cargó hacia delante, sable láser en mano. Toma estaba a su lado con su bláster preparado.

Trever les llamó en un susurro. — ¡Esperad!

Obi-Wan se detuvo impacientemente. Trever había abierto un armario marcado como EQUIPACIÓN ATLÉTICA. Sacó una caja de bolas láser.

—Dejadme ir primero. Os daré la ventaja que necesitáis. —Obi-Wan vaciló—. Trever, no estoy seguro de esto.

—Confía en mí.

No había tiempo para discutir. Los soldados de asalto se estaban aproximando.

Obi-Wan se quedó cerca de Trever, equilibrado para protegerle. Cuando el ruido de pasos se hizo más cercano, asintió hacia Trever.

Los soldados aparecieron, rodeando la esquina, moviéndose rápidamente en formación cerrada. Con un golpecito de su muñeca, Trever envió seis bolas láser zumbando por el pasillo, a escasos centímetros del suelo.

Golpe. Golpe. Golpe. La acción de Trever era tan rápida que casi era un borrón. Más bolas láser zumbaron pasillo abajo.

Al principio, los soldados de asalto simplemente estaban confundidos. Después trataron de evitar las bolas láser, pero uno de ellos se enredó con una y empezó a caer. Otra chocó violentamente contra un soldado en su lado izquierdo. En poco tiempo, estaban chocando, intentando conservar su equilibrio y disparando a Obi-Wan y a los demás al mismo tiempo. Los rayos láser resonaron a través del aire e impactaron en las paredes y en el techo.

Obi-Wan saltó directamente a su centro. Mientras Toma llegaba hasta ellos por la derecha con su bláster, el sable láser de Obi-Wan danzaba. En pocos segundos el escuadrón entero había sido reducido.

—Gracias por la ventaja —le dijo Toma a Trever.

Continuaron adelante. Toma los condujo a través de un estrecho pasaje hacia un pequeño hangar con una nave. Dio un golpecito en una videopantalla. El cielo en el exterior estaba cubierto de cazas Imperiales. —Ahora estamos bajo tierra. Puedo activar la abertura cuando veamos a Ferus y a Raina —dijo—. Está oculta en el lateral del edificio.

Obi-Wan miró la nave. Era un maltrecho crucero estelar con revestimiento gris apagado.

—Lo sé —dijo Toma—. No parece mucho. Se supone que no tiene que parecerlo. Pero tiene un motor de hiperimpulso afinado y toda la potencia de fuego que puedas desear.

— ¡Mirad! —les llamó Trever, apuntando hacia la videopantalla.

Dos naves estaban girando y sumergiéndose, haciendo volteretas a través del aire mientras el fuego láser se descargaba a su alrededor. El humo salía en espiral de una de las naves. Obi-Wan no sabía si era la de Ferus o la de Raina.

Toma pulsó un interruptor mientras se zambullían en línea recta hacia la superficie. En el momento preciso que parecía que chocarían contra la ciudad, viraron. Parte del techo se deslizó hacia atrás, y cayeron en el hangar.

Raina hizo estallar rápidamente su carlinga y saltó fuera mientras su nave explotaba en llamas. Toma y Trever dieron un paso atrás por el calor, pero Obi-Wan corrió hacia la nave de Ferus. ¿Por qué Ferus no había abierto la carlinga?

Bajó la mirada hacia la burbuja transparente. Ferus estaba trabajando en la carlinga manualmente con una vibrocortadora. Cuando vio a Obi-Wan se apartó. Obi-Wan usó su sable láser, y la carlinga se abrió hacia atrás. Ferus saltó fuera.

—Perdí todos los sistemas en esa última zambullida —dijo—. Incluso el control manual se desactivo. Gracias por la ayuda.

Los soldados de asalto entraron a raudales en el hangar, disparando mientras llegaban. Obi-Wan desvió el fuego con su sable láser mientras corrían hacia la nave restante. Raina saltó a bordo y echó a andar hacia los motores. Toma ayudó a Trever a subir por la rampa.

Ferus y Obi-Wan volvieron su atención hacia los soldados de asalto. Obi-Wan desvió el fuego y usó la Fuerza para empujar a varios soldados hacia atrás, golpeándolos contra la formación y tirando a varios de ellos al suelo, obstaculizados por su armadura.

Obi-Wan y Ferus se aprovecharon de esto para saltar a bordo. La nave alzó el vuelo y salió disparada. Esquivando el fuego láser, Raina guió la nave a través de la humeante ciudad.

—No puedo creerlo —gritó Raina—. ¡No puedo creer que estén destruyendo la ciudad!

Pero no tuvo tiempo para la reflexión. Los cazas estaban persiguiéndolos, golpeándoles con fuego láser.

—Han fijado un misil en nuestra posición —dijo Obi-Wan.

—Tengo que llevarnos a través de las piedras —dijo Raina.

—¿No es un poco grande esta nave? —preguntó Ferus—. No hay espacio para maniobrar.

—Lo he hecho antes en un ejercicio de entrenamiento le aseguró Raina.

—Eso fue en un caza —señaló Toma—. Y estrellaste la nave.

—¿Está bromeando? —preguntó Trever.

Raina negó con la cabeza. —Toma nunca bromea.

—Oh, bien —Trever tragó saliva.

Raina sobrevoló las paredes que rodeaban la ciudad. Se sumergió en el cañón de piedras de posición. Lo hizo tan rápido que el torpedo chocó violentamente contra una piedra con un rugido.

Obi-Wan agarró la consola mientras una piedra gigante iba hacia ellos. Raina colocó la nave lateralmente, después se alejó rodeando otra piedra.

Es casi como volar con Anakin, pensó Obi-Wan. Por un segundo, esto le hizo feliz. Después recordó el resto, y eso le atravesó. Anakin.

Los cazas en lo alto se sumergieron para seguirlos. Uno de ellos rozó con un ala una piedra y salió disparado en espiral hasta chocar violentamente. Los espacios entre las piedras eran tan estrechos que su nave apenas conseguía pasar, aun cuando Raina los ponían de lado.

La mayor parte de los cazas se rindieron y ascendieron al espacio aéreo, esperando que ellos saliesen. Pero un piloto decidido se precipitó detrás de ellos. Ahora era una carrera, y la cara de Raina mostraba una clara determinación. Ella se dirigió directamente hacia una estrecha abertura estrecha entre dos piedras.

—Nunca conseguirás pasar por ahí —dijo Obi-Wan. Interiormente pensó: realmente odio volar.

Raina no contestó. Parecía como si tuviese la intención de matarlos a todos. Todavía se dirigía hacia la abertura a toda velocidad, la nave posterior rugía a través del campo de piedras.

En el último momento, descendió hacia el suelo y redujo la velocidad. Obi-Wan pensaba que ninguna nave podría realizar tal maniobra sin desintegrarse, pero ésta lo hizo. Con un gran estremecimiento, sobrevoló el suelo a escasos metros. La nave estelar trató de colocarse lateralmente y atravesar la abertura entre las dos piedras, pero el piloto debía haber sido distraído por la repentina maniobra de Raina. Chocó frontalmente contra la piedra.

Raina manejó la nave con delicadeza cerca del nivel del suelo, a través del resto de campo de piedras. Estaban alcanzando el fin del cañón, y las piedras estaban quedándose lejos.

—Los cazas todavía están ahí arriba —dijo Ferus, con la mirada fija en la pantalla de navegación.

Obi-Wan observó a Raina. Ella iba avanzando muy lentamente. ¿Por qué?

El sol descendía silenciosamente en el cielo. Repentinamente golpeó las piedras y las iluminó con fuego anaranjado.

—Llamamos esto las llamas de Eluthan —dijo Toma.

Al mismo tiempo que las piedras se iluminaban, las paredes del cañón que les rodeaban se volvieron negras por la sombra. Raina aceleró y entró en el cañón, perdiéndose entre las sombras.

—Esta nave tiene un dispositivo de camuflaje —les explicó Toma a los demás—. Consume mucha energía, así que no podemos usarlo mucho tiempo. Mientras tanto, les pondremos difícil que obtengan contacto visual.

Raina pilotó de forma asombrosa, aumentando la velocidad y rozando los contornos de la pared del cañón.

Trever quedó impresionado. —Si usted alguna vez quieres dar lecciones de vuelo, me apunto —dijo.

Raina sólo asintió con la cabeza por toda respuesta. Su cara estaba sombría. Ella sabía lo escasas que eran sus oportunidades de dejar atrás y ser más listos que un escuadrón de cazas Imperiales.

El amplio cielo azul marino surgió delante. Estaban casi fuera del cañón. Raina salió disparada por el oscuro cielo y se dirigió hacia la atmósfera exterior, aumentando ahora la velocidad al máximo.

—¡Lo logramos! —alardeó Trever.

—Estamos perdiendo el dispositivo de camuflaje —dijo Raina—. Sólo unos cuantos... segundos... más —dijo Toma dicho, explorando el cielo.

Pero los ojos de Obi-Wan estaban en la pantalla. Vio los puntos parpadeantes cambiando de dirección.

—Nos han descubierto —dijo.

CAPÍTULO SIETE

Los cazas les ganaban terreno. El primer misil salió disparado del caza delantero.

Raina movió la nave de izquierda a derecha, llevándolos por un rumbo zigzagueante que hizo que se mareasen. El misil les sobrepasó por la derecha.

— ¿Algún voluntario para el puesto de artillero? —Preguntó Toma—. Pulsó un interruptor, y los puestos de artillería se abrieron debajo de la cabina.

Ferus y Obi-Wan corrieron hacia los puestos delanteros de artillería y se colocaron tras las armas. Esperaron hasta que los cazas se pusieron a tiro. Ferus sintió la Fuerza reunirse y crecer mientras golpeaban los cazas tras ellos.

Pero los cazas eran implacables, y llegaron más desde la superficie. Estaba claro que los comandantes Imperiales sabían que Toma había escapado en esa nave. Los cazas se acercaban a toda velocidad hacia ella, agrupándose y reagrupándose, y golpeando la nave con fuego. Recibieron un golpe, después otro.

— ¡Tenemos que perderlos! —gritó Ferus.

Inclinándose sobre el ordenador de navegación, Toma negó con la cabeza. —Ahora estamos en el espacio profundo. No hay sistemas vecinos.

—Recházalos un minuto —le dijo Obi-Wan a Ferus, antes de correr de regreso a la cabina. Ferus le vio por el rabillo del ojo. ¿Qué pretendía?

na idea —le dijo Obi-Wan a Toma. Rápidamente se inclinó sobre el
de navegación, haciendo una búsqueda amplia del área—. De camino a
edamos atrapados en un túnel estelar de aceleración. Del tipo que gira
en una vasta tormenta atmosférica.

— ¿Y quieres encontrar la tormenta?

Obi-Wan alzó la mirada hacia él. —Es un lugar para perder a los cazas. Somos más pesados y más resistentes. ¿Cuánto confías en tu nave?

—Confío en mi nave —dijo Toma. Miró a Raina—. Confío más en mi piloto.

—Aquí —Obi-Wan encontró lo que estaba buscando—. Si podemos rechazarlos sólo un poco más, podemos conseguirlo.

—Iré a máxima velocidad —dijo Raina.

Obi-Wan regresó al puesto de artillero. Mantuvieron una descarga constante de fuego. Raina voló rápido en una serie de círculos y vueltas vertiginosas.

La nave empezó a estremecerse alarmantemente.

—Súbete a esa tormenta —dijo Toma. Silbó—. Es una de las malas. He obtenido indicaciones de desgarrones y corrientes espaciales.

Los desgarrones espaciales podían hacer trizas un crucero de clase A, si el piloto no era cuidadoso. A la vista de desgarrones, los pilotos estaban contentos de tomar desvíos de miles de kilómetros si tenían que hacerlo.

—Todavía podemos rodearlo —dijo Toma.

Raina apretó los dientes. —No. Ésta es la única forma de quitárnoslos de encima. Obi-Wan tiene razón.

Volaron directamente hacia la tormenta atmosférica. La sacudida de la nave se convirtió en una violenta acometida.

—Ella puede resistirlo —le dijo Toma a un Trever visiblemente nervioso—. La nave es de doble casco y triple remache. Tenemos respaldos en cada sistema. Lo construí yo mismo durante las Guerras Clon. No es una nave estelar ordinaria.

—Ésta no es una tormenta ordinaria —dijo Trever mientras un desgarrón espacial les golpeaba de costado.

Trever patinó a través del suelo de la cabina y se detuvo contra la consola. Toma le agarró y le sujetó.

Una corriente de energía los envió girando sin control. Raina se movió con el giro, dejando que la nave encontrara su propio equilibrio. —El truco con estos cambios de energía es oponerse a ellos lo menos posible —dijo ella.

Ferus tuvo que admirar su audacia. La cosa más difícil para un piloto era dejar que la nave tomase el control. Raina observó los indicadores, con mirada estable, sin interferir con el intento de la nave de enderezarse a sí misma. No hacía ningún bien disparar los cañones. Estaban girando demasiado a lo loco.

—Los cazas se retiran —dijo Ferus—. Están más asustados de la tormenta que de su almirante. —O si no, pensó privadamente, se imaginan que estamos condenados.

Raina comenzó a tomar el mando de los controles de nuevo, deslizando la nave a través de la tormenta. Volaron sin cesar, golpeados por corrientes de energía que los absorbían en vórtices y los lanzaban como gotitas de agua. La nave se tambaleaba y daba bandazos, algunas veces a punto de atascar los motores. Ferus comenzó a preocuparse cuando se dio cuenta que Raina parecía preocupada.

—Estamos casi fuera —dijo Toma con alivio.

El paseo se suavizó, pero repentinamente no pudieron ver nada. Era como si una cortina hubiese caído sobre el ventanal de la cabina. Habían entrado en una nube atmosférica tan densa que el espacio del exterior era simplemente una masa gris y enturbiada.

—Ni los sensores pueden penetrar esto —dijo Raina—. No puedo obtener ninguna lectura. Debe de haber algún tipo de campo de energía—

De repente Ferus sintió surgir algo, una advertencia. —Ferus... —dijo Obi-Wan.

—Lo sentí —Forzó su vista hacia delante.

Repentinamente un asteroide surgió amenazadoramente delante, aparentemente lo suficiente cerca como para tocarlo. Había aparecido sin previo aviso y se dirigían directamente hacia él.

— ¡Cuidado! —gritó Trever.

Raina invirtió la velocidad. Justo a tiempo, la nave retrocedió, y pasaron a escasos metros por encima de la agujereada superficie mientras ella buscaba desesperadamente un lugar para aterrizar.

—Allí —dijo Obi-Wan señalando.

Raina examinó rápidamente el suelo rocoso y colocó amablemente la nave sobre una roca grande y plana.

Raina miró con atención a través de la carlinga de la cabina. — ¿Dónde estamos?

Toma escudriñó el ordenador de navegación. —Este asteroide debería aparecer en los mapas estelares. Es bastante grande, y tiene una atmósfera. Pero no hay rastro de él.

Obi-Wan activó la carlinga y se alzó hacia fuera. Miró hacia arriba. El cielo era una densa neblina azul. No podía ver ni una estrella.

—Creo que este asteroide está atrapado en el campo de fuerza de la tormenta —dijo—. No puede liberarse, así que viaja constantemente cuando viaja la tormenta.

—Y los cruceros evitan la tormenta, por lo que el asteroide no está en los mapas —dijo Ferus, alzándose y saliendo por la cabina colocándose al lado de Obi-Wan—. Echemos un vistazo alrededor.

Exploraron el área alrededor de la nave, pero todo lo que encontraron fueron cráteres y polvo.

—Al menos estamos a salvo —dijo Raina. Se desprendió—. Y yo podría tomarme un descanso.

—Sí, ser golpeado por los cazas del Imperio y después pulverizado por una tormenta galáctica te hace quererlo —dijo Trever—. Sin mencionar que nos saltamos el almuerzo.

Raina se rió y pasó un brazo alrededor de Trever. —Estás empezando a gustarme¹, chico.

—Seguro, como el musgo de duende —dijo Trever.

Raina y Trever se dirigieron a preparar un refugio. Toma se giró hacia Obi-Wan.

—Ha estado esperando para hablar conmigo —dijo.

—Sí —dijo Obi-Wan—. Hábleme sobre la muerte de Garen Muln.

Toma parecía sobresaltado.

—¿Muerte? —dijo—. Pero si Garen Muln no está muerto... está vivo.

¹ N.del T: Raina dice “You are starting to **grow** on me”, esto significa crecer en mi, de manera literal, por eso Trever le contesta de esa manera.

CAPÍTULO OCHO

—Estábamos juntos cuando ocurrió—dijo Toma—. En nuestro cuartel general en Eluthan. Estábamos negociando los términos de la tregua. Eso no nos llevó mucho tiempo, pero disfrutábamos de la compañía del otro. Habíamos pensado que éramos enemigos, pero descubrimos que teníamos mucho en común. Entonces ocurrió.

—Los soldados clon —dijo Obi-Wan.

—Él estaba en la base de operaciones conmigo —dijo Toma—. Teníamos encendidas las videopantallas, y vimos atacar a los soldados clon. Como si alguien hubiese pulsado un interruptor, estaba claro que tenían órdenes de capturar a Garen y matar a cualquiera que se cruzase en su camino. Él quería salir y luchar, pero era demasiado tarde. Tuve que convencerle de que se quedara conmigo, que podía esconderle. Y lo hice. Tenía un lugar seguro en las cuevas volcánicas fuera de la ciudad, un lugar que había creado en caso de que ocurriera lo peor. Nunca pensé que lo peor le ocurriría al hombre que una vez había sido mi enemigo, y que yo le protegería.

—¿Ellos le buscaron?

—Durante semanas —dijo Toma—. Fui entrevistado por un grupo especial llamado los Inquisidores.

—Hemos tenido noticias de ellos —dijo Ferus secamente.

—¿Uno de ellos se llamaba Malorum? —preguntó Obi-Wan.

Toma negó con la cabeza. —No. ¿Por qué?

Supongo que todos los caminos no conducen a Malorum, pensó Obi-Wan. Pero eso no le hizo sentir menos la amenaza.

—No es importante —dijo el Jedi—. Por favor continúe.

Esta vez, Toma asintió. —Finalmente —dijo—, los Inquisidores se rindieron. Asumieron, creo, que él había escapado del planeta. Una vez que las cosas se tranquilizaron un poco, Garen me dijo que era el momento de irse. Le di una nave.

Obi-Wan no podía creer lo que estaba oyendo. Se había empezado a acostumbrar a encontrar una víctima tras otra. Se había amurallado a sí mismo en contra de la esperanza, como una manera de mantener alejada la inevitable desilusión y tristeza. Aunque sabía que había una leve posibilidad de que otros Jedi aparte de él mismo y Yoda hubiesen sobrevivido, con cada día que pasaba la posibilidad había parecido más y más leve, hasta que pareció un mero hilo contra todo el peso del Imperio.

Pero ahora... sintió crecer la esperanza en su pecho, un sentimiento que era tan poco familiar que parecía completamente nuevo. Su buen amigo, Garen. Posiblemente vivo. Tenía miedo de creerlo, pero estaba desesperado por que eso fuera verdad.

—¿Sabe a dónde fue? —le preguntó a Toma.

—Iba a intentar llegar a un lugar llamado Ilum —dijo Toma—. Me dijo que sólo debería informar a otros Jedi sobre esto, y ellos sabrían por qué.

Ferus y Obi-Wan intercambiaron una mirada. Ilum era el lugar de la Cueva de Cristal, dónde cada aprendiz Jedi iba a forjar su propio sable láser. Era sagrado para los Jedi.

—Ilum —dijo Ferus—. Por supuesto —se puso excitado—. Nunca pensé en eso antes. Los otros también pudieron haber ido allí.

—Probablemente está escondiéndose en la cueva —dijo Obi-Wan, sabiendo que eso es lo que haría Garen: Encontrar un lugar seguro que los Jedi conociesen mejor que nadie.

Toma fue a reunirse con Raina y Trever para construir un refugio. Ferus iba de arriba a bajo, excitado por las noticias.

—Tenemos que ir allí —le dijo a Obi-Wan—. ¿Quién sabe cuántos Jedi podrían estar allí? Podría haber más de nosotros de lo que sabemos.

Ferus no sabía lo que decía hasta que la palabra estuvo en el aire. Nosotros. Ésta era la verdad: Aunque había dejado a los Jedi, todavía se sentía como si fuese uno con ellos. No uno de ellos, sino uno con ellos.

Ya no podía desconectarse más de la Fuerza de lo que podía desconectarse de sus propios pensamientos. Era una parte de él. No podía negarlo. Esta nueva esperanza hacía el vínculo más claro, como si el curso de acción hubiese dado brillo a su unión.

Obi-Wan no comentó la elección de palabras de Ferus, pero Ferus podía verle entendiéndolo todo, como siempre lo había hecho.

—No estás aquí para ser castigado, mucho menos por ti mismo —le había dicho Obi-Wan cuando se acercó al Consejo Jedi por última vez, para renunciar a la Orden.

—Debo seguir viviendo —había respondido Ferus—. Ese es mi castigo.

Él sabía que Obi-Wan no había querido que se marchara. Si hubiese sido el Pádawan de Obi-Wan, eso habría sido totalmente diferente. Todo habría sido diferente.

Pero en lugar de eso Obi-Wan se quedó con Anakin, y Ferus no se quedó con nada. Antes de que se exiliase a sí mismo del Templo, le había dicho a Anakin —Si los Jedi me necesitan alguna vez, allí estaré.

Ahora aquí estaba, entre los últimos de los Jedi.

—¿Recuerdas las cuevas? —le preguntó Obi-Wan.

—Por supuesto —contestó Ferus. ¿Cuántas veces él y los otros Padawans, sus amistades, habían hablado de las cosas que ocurrían allí, acerca de las pruebas que conducirían a la creación de sus sables láser? Su Maestra, Siri, le había llevado allí cuando tenía trece años. Ella le había dejado en las cuevas para que se enfrentara a sus miedos más grandes y aunque había sido aterrador, en cierta forma había mantenido la calma. Pasó a través de eso, y forjó su propia espada.

Después, en lo que parecía una eternidad, abandonó el sable láser. Lo dejó marchar.

Pero no del todo.

—Puedo forjar un nuevo sable láser —dijo ahora, pensando qué útil sería—. Si puedo conseguir los cristales, puedo hacerlo de nuevo.

Obi-Wan asintió, pero se sentía indeciso. Ferus ya no era un Jedi. Su control de la Fuerza estaba aumentando, pero todavía era errático. Cuando un aprendiz venía a las cuevas de Ilum para encontrar cristales, estaban en la cima de su preparación. Si Ferus fuera su Pádawan, le haría esperar.

—Sé lo que estás pensando, Obi-Wan —dijo Ferus—. Pero tú no eres un Maestro, y yo no soy un aprendiz. —La cara de Ferus estaba encendida—. Pareces atrapado en un viejo patrón.

—Creo que no —contestó Obi-Wan amablemente—. Las cuevas son una prueba difícil, incluso para un aprendiz completamente preparado.

—Lo sé. He pasado a través de ellas. Sé que hay cosas que he olvidado, pero no puedo esperar hasta que lo aprenda todo otra vez. ¿Crees realmente que podemos permitirnos esperar? Quizá la cautela Jedi es lo que dispuso el camino para su destrucción.

La acusación dolió, pero ¿no había pensado Obi-Wan exactamente lo mismo?

Su propia cautela... había preparado el camino para que Anakin Skywalker se convirtiera en Darth Vader. Se había sentido receloso con su Padawan, pero nunca había imaginado lo corrompido que podría volverse. Como Padawan, Ferus había visto algo peligroso en Anakin. Pero Obi-Wan no había hecho nada acerca de eso.

Ahora debía aprender de sus errores. Era tiempo de ser atrevido.

Obi-Wan estaba roto. No quería nada más que encontrar a su amigo Garen con vida. Pero también sabía que tenía que mantener su atención en la amenaza real, Malorum. En Bellassa se habían enterado de que Malorum había enviado un investigador a Polis Massa. Obi-Wan estaba seguro de que el nacimiento de Luke y Leia había sido encubierto completamente... pero ¿podía estar absolutamente seguro?

Malorum informaba a Darth Vader. ¿Sospechaba Darth Vader sobre la muerte de Padme? ¿Había algún rastro que pudiera llevarle a descubrir que ella había dado a luz a Luke y a Leia antes de morir?

Obi-Wan tenía que encontrar las respuestas de esas preguntas. Y no iba a encontrarlas en el exilio en Tatooine.

O, se dio cuenta, en las Cuevas de Ilum.

Debes seguir tus sentimientos, había dicho Qui-Gon.

Y repentinamente, Obi-Wan tuvo la sensación de que Qui-Gon estaba con él. Libre de las restricciones del lugar, adiestrado en la forma de los Whills, Qui-Gon podía estar a su lado, y Obi-Wan no lo sabría excepto por el sentimiento que lo llenaba.

Si Luke tiene que alzarse, debe tener algo a lo que unirse, dijo la voz de Qui-Gon en su mente.

Obi-Wan se giró para mirar en la distancia, así Ferus no vería su distracción.

Sí, contestó. Ya me has contado todo eso. Por eso me marché para ayudar a Ferus.

Si Luke debe alzarse, debe ser protegido de esos que tratan de hacerle daño.

¿Entonces debería ir a Polis Massa?

Deberías seguir tus sentimientos.

Obi-Wan sabía lo que eso significaba. Me dirigen hacia allí, le dijo a su Maestro.

Entonces ve.

Obi-Wan sintió a Qui-Gon apartarse de él tan rápidamente como una brisa. En un momento había estado allí, al siguiente se había ido. Pero la decisión de Obi-Wan estaba tomada. Tenía que confiar en Ferus para buscar a Garen... mientras que él tenía que ir a Polis Massa. Tenía que asegurar que el secreto de Luke y Leia estaba a salvo. Si Luke era encontrado, entonces Ferus estaba condenado, Garen estaba condenado... todos estaban condenados a vivir o morir bajo el Imperio. Eso era lo que Qui-Gon le decía.

Ferus había dejado de pasearse y le estaba observando. —No estás de acuerdo conmigo.

—Estoy de acuerdo —dijo Obi-Wan—. Tienes razón. Este es tu momento de ser atrevido. De tomar los riesgos más grandes.

Ferus parecía aliviado. —Además, estarás conmigo en las cuevas.

Obi-Wan habló lentamente, sabiendo que lo que estaba a punto de decir sería una sorpresa para Ferus. —No, no lo estaré. No voy contigo. Hay algo más que tengo que hacer.

— ¿Qué podría ser más importante que tu amigo? —preguntó Ferus con incredulidad.

Obi-Wan miró a Ferus, indefenso para contestar. ¿Qué podía decir? Ferus no sabía que Anakin se había convertido en Darth Vader, no sabía que Anakin había tenido dos niños. Éstas

eran cosas que Obi-Wan tenía prohibido decirle, cosas que Ferus no podía saber. Sólo sería una carga para él. Era peligroso saberlo para cualquier otro.

—El destino de todos nosotros —dijo Obi-Wan—. Eso es más importante.

Ahora Ferus estaba enojado. Podía verlo. Obi-Wan sentía frustración. No podía confiar completamente en Ferus, y eso siempre estaría entre ellos. Él tendría que aceptarlo.

—Bien —dijo Ferus rígidamente—. Esperaba tener tu ayuda, pero puedo hacerlo solo.

—Te llevaré allí —dijo Obi-Wan—. Puedo dejarte y después volver a por ti. Trever puede seguir vigilando, y alertarme si algo va mal. El lugar al que voy no está muy lejos de Ilum, y espero no pasar mucho tiempo allí.

Ferus dio un corto y enojado asentimiento. Sin embargo, no le preguntó más a Obi-Wan. Obi-Wan apreció eso.

—Todavía puedo ayudarte —dijo Obi-Wan—. Debes ser cuidadoso. Si parece lógico para nosotros que los Jedi irían a Ilum, entonces también es lógico para el Imperio. Tendrán algún tipo de presencia allí. Pero conozco otro camino hasta las cuevas, un camino secreto.

La cólera abandonó la cara de Ferus. La había aceptado y la había dejado ir, tal como debía hacerlo un Jedi. De repente era todo concentración, enfocado en la siguiente etapa de la misión. —Bien.

—No tan bien —dijo Obi-Wan—. El camino secreto lleva directamente a través de un nido de gorgodon.

CAPÍTULO NUEVE

Permanecieron de pie delante de la nave de Toma. Obi-Wan miró alrededor al paisaje poco prometedor. — ¿Está seguro que usted y Raina quieren quedarse? —le preguntó a Toma.

—Ahora estamos en la lista de buscados del Imperio —dijo Raina—. Diría que éste es el lugar más seguro de la galaxia para nosotros. Cargamos la nave con suministros y comida, por si acaso teníamos que hacer una escapada rápida. Así que estaremos bien aquí... por ahora.

Hablaban livianamente, pero Obi-Wan sabía cuánto coraje tenían para quedarse. Había una oportunidad de que él y Ferus no pudieran encontrarlos de nuevo.

Había un radiofaro direccional en la nave que dejarían en el asteroide, pero no había ninguna garantía de que funcionase a través de las interferencias atmosféricas que rodeaban el asteroide. Lo probarían después de que dejarasen la atmósfera, pero podía ocurrir cualquier cosa.

—Regresaremos por vosotros —dijo Ferus—. Os encontraré cueste lo que cueste, os lo prometo. Y traeremos suministros, por si decidís que necesitáis quedaros por un tiempo.

Raina miró a Trever. — ¿Estás seguro que quieres ir?

—Es duro dejar todo esto —dijo Trever, ondeando una mano indiferente—. Pero sí.

Él, Obi-Wan, y Ferus subieron a la nave. Salieron disparados al espacio y casi inmediatamente fueron abofeteados por la severa tormenta de energía. Ferus siguió los consejos que había obtenido de Raina y guió la nave a través de los cambios de energía y las tijeras. La nave se sacudido y entró en un mal tonel, pero él se mantuvo. Estaba determinado a atravesarla. La nave de Toma era la más estable que alguna vez había pilotado.

—El radiofaro direccional se mantiene —dijo Obi-Wan—. Puedo acceder a sus coordenadas.

—Bien, seremos capaces de regresar.

—Seguro —grito Trever cuando un cambio repentino les envió en picado a través del espacio—. ¡Si alguna vez salimos!

Volaron a través de lo peor de la tormenta y por fin entraron en el calmado espacio profundo.

Ferus entró en el hiperespacio en una carrera de estrellas. Sería menos de un día de viaje hasta Ilum.

La desaprobación de Ferus de la decisión de Obi-Wan pendía entre ellos, y pasaron la mayor parte del viaje en silencio.

¿Por qué, pensaba Obi-Wan, podía estar seguro de una decisión, y aún así desgarrado por sus efectos?

Estaba enviando a Ferus a las cuevas de Ilum solo, con sólo Trever para quedarse fuera vigilando. Sería la prueba de si Ferus verdaderamente podía ser un Jedi de nuevo. El tiempo de las reglas había pasado. No había más Consejo Jedi. No había nadie para decirle a Ferus que no estaba preparado.

Obi-Wan recordó su conversación con Qui-Gon en Tatooine.

Habla de lo que sabes sobre Ferus, no de lo que puedes suponer, había dicho Qui-Gon.

Ahora, Obi-Wan pensaba, era el aprendiz más dotado, sólo inferior a Anakin. Con tantos dones, es un adversario formidable para el Imperio.

Con un sable láser, con un agarre en la Fuerza constantemente renovando, constantemente fortalecido, sería incluso más fuerte.

Pasar solo a través de la caverna, para encontrar a Garen, para encontrar cristales... eso podría destruirlo. O podría reconstruirlo.

Entregarse, confiar en la fuerza de otro... eso era algo que Obi-Wan aprendió una vez, hace mucho tiempo. Anakin nunca lo había aprendido. En su arrogancia, había pensado que él era el único que podría lograr las cosas más difíciles.

Pero Obi-Wan sabía que había veces que tenía que dar un paso atrás y dejar que otro siguiese adelante. Ésta era una de esas veces. Aun si Ferus nunca lo entendía, nunca le aceptaba. Incluso si Ferus fallaba.

Obi-Wan estaba a los mandos cuando regresaron al espacio real. Ilum yacía adelante.

—Tendremos que ir a la otra parte del planeta —dijo Obi-Wan—. Es bueno que no haya vigilancia orbital.

—No tiene que haberla —dijo Ferus—. Es obvio que no consideran a los Jedi una amenaza.

—Acerquémonos lo suficientemente para conseguir algunas lecturas —dijo Obi-Wan—. Se zambulló más cerca del planeta, complacido con la percepción de los controles en sus manos. Toma no había exagerado. Ésta era una nave excepcional.

Paso rozando sobre un lago glacial punteado con iceberg. —Puedo aterrizar en el borde del lago. Trever puede quedarse aquí mientras escalas la montaña.

Trever miró alrededor dudosamente. —Wow. Escoges los mejores lugares, Obi-Wan. Puedo decir que esto será divertido.

—Será mejor que un nido de gorgodons —dijo Ferus.

—¿Es esa mi única opción?

—Siempre puedes venir conmigo, Trever —dijo Obi-Wan—. Puedo dejarte en algún lugar seguro y volver a por ti.

Él sacudió la cabeza, como Obi-Wan sabía que lo haría. —No, gracias —dijo tranquilamente—. Me estoy acostumbrando a esperar por Ferus.

Obi-Wan aterrizó la nave. —No está lejos, pero es directo —le dijo a Ferus—. Recuerda, tienes que avanzar pasando las visiones. No dejes que te detengan. Continúa. Los cristales yacen en el centro de la cueva. Si Garen está allí, es allí donde estará.

Ferus asintió.

—Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti.

Ferus y Trever salieron de la nave. Obi-Wan despegó otra vez. No miró hacia atrás. Sabía que la visión de Ferus y Trever empequeñeciéndose a lo lejos le provocaría dolor. Sentía el miedo agarrando su corazón, un pánico repentino por no volver a verlos.

Aumentó la velocidad de la nave hacia Polis Massa. Algo hacía tictac dentro de él. Algo que le decía que sería mejor que hiciese lo que tenía que hacer y regresar, rápido.

Polis Massa era un pequeño asentamiento minero en mitad de un campo de asteroides. Tenían un pequeño pero excelente centro médico, y era aquí donde los Jedi habían encontrado santuario para Padme, al final del terrible tiempo cuando el ejército clon se había vuelto contra los Jedi.

Mientras Obi-Wan descendía sobre el hendido paisaje, su corazón se contrajo. Aterrizó la nave estelar de Toma en el área de atraque y cogió el ascensor horizontal hacia la superficie, atravesando a pie los pasillos atmosféricamente ajustados de los habitantes del planeta hasta que llegó al centro médico. Con cada paso, recordaba el terrible día cuando había traído a Padme aquí. No sabía que ella se estaba muriendo entonces. No sabía hasta que punto Anakin la había lastimado. El miedo agarraba firmemente su corazón, pero había creído que Padme, esa mujer fuerte que él había conocido, sobreviviría.

Pasó su mano por delante de un sensor y entró en una pequeña sala de recepción. El centro médico estaba controlado primordialmente por droides. Una pantalla parpadeó, y un droide apareció a la vista.

—Por favor, declare la naturaleza de su condición. —La naturaleza de mi condición es corazón roto.

—Estoy aquí para ver a Maneeli Tuun. Por favor infórmele que es un viejo amigo.

—Por favor espere.

La pantalla se apagó. Obi-Wan andó por el pequeño espacio. Los recuerdos atestaban la habitación, haciéndola parecer aun más pequeña. Recordó su impotencia mientras transportaba a Padme al interior. Recordó su pena cuando vio la Fuerza Viva salir de ella.

Al final, los droides médico no entendían por qué no podían salvarla, pero él lo había entendido. Creía que Padme sabía que su fuerza era limitada. Sólo le quedaba una poca, y no más. Y esa fuerza se la daría a sus niños.

Ella se aseguró de que nacieran y estuvieran sanos. Entonces, y sólo entonces, sucumbió.

Ahora él no podía hacer suficiente por ella. Pelearía hasta su último aliento para proteger a sus niños. Algún día sabrían del gran coraje de su madre.

Obi-Wan y Yoda apenas habían asumido el shock por la muerte de Padme antes de que ambos tuviesen claro que la mejor forma asegurar la seguridad de sus niños era eliminar cualquier registro de su nacimiento. Los droides médico experimentaron borrados de memoria y los datos de los ordenadores fueron purgados. Pero había un Polis Massano en el que Obi-Wan sentía que podía confiar. Maneeli Tuun había sido un inquebrantable apoyo a la causa de la República y tenía un carácter irreprochable. Había hecho favores para Yoda a lo largo de los años y había sido una de las razones por las que Polis Massa había sido elegido para el nacimiento de los gemelos. Seguramente le ayudaría ahora.

Obi-Wan todavía no tenía un plan. Esperaba encontrar una manera de acceder a los archivos médicos y asegurarse que los registros de Padme habían sido borrados, tal como habían dispuesto. Ese sería el primer paso.

Maneeli Tuun parecía delgado y preocupado cuando atravesó el umbral. Cuando vio a Obi-Wan, un gesto de sorprendente placer pasó por su cara pero después fue reemplazado por el mismo ceño fruncido. —Creo que sé por qué estás aquí. Ven.

Antes de que Obi-Wan pudiera decir una sola palabra, Tuun le condujo a través de la puerta interior hacia el vestíbulo del complejo. —Debemos tener cuidado —le dijo en voz baja—. Él está en la oficina de registros.

—¿Quién?

—Sancor. ¿No es por eso por lo que estás aquí?

—¿Quién es Sancor?

—Un Inquisidor.

—Me lo temía. No me di cuenta de que estaba aquí.

Tuun le llevó a su pequeña oficina. —Primero, vino un investigador. Nunca dijo su nombre, pero copió todos nuestros registros y se los llevó a Malorum. Eso fue hace un mes. Ahora ha llegado este. Es un experto en registros de seguridad. Ya ha hecho una búsqueda exhaustiva en los bancos de memoria de los droides médico, incluso de los que no estaban aquí durante ese tiempo.

— Malorum sabe algo, ¿Te parece que sospecha la verdad?

Tuun negó con la cabeza. —No creo que sepan nada, pero lo que sospechan es otra cosa. Sé que están determinados. Ahora me ha pedido los registros de suministros.

— ¿Por qué querría esos? —preguntó Obi-Wan.

—Va a comprobar el uso de suministros así como el gasto durante el período de tiempo que la Senadora Amidala estuvo aquí. Para ver si su uso es consistente con los casos.

Obi-Wan estaba alarmado. — ¿Podría ser capaz de decir si los nacimientos tuvieron lugar?

Tuun frunció el ceño. —Podría. Hay ciertas pruebas que hacemos en recién nacidos. Por supuesto borramos todos los registros y la memoria de los droides, pero no borramos todos los registros de suministros. Cuando nuestras existencias están bajas, rellenamos peticiones. Los bebés fueron revisados y bien atendidos aquí, por lo que se usaron suministros... y si él compara diversos suministros médicos con los pacientes, podría descubrir algo. Estaba a punto de llamar a Osh Scal. Él es nuestro oficial Polis Massano de suministros, el Inquisidor quiere preguntarle, ya que es uno de los pocos Polis Massanos capaz de hablar. No tengo alternativa. Sólo puedo esperar que no pueda rastrear nada.

Obi-Wan pensó rápidamente.

— ¿Ya ha visto a Osh Scal?

—No, ha estado en la oficina de registros.

— ¿Puedes acceder a los registros de suministros desde aquí?

—Por supuesto. Tengo acceso a todos los registros —rápidamente Tuun hizo aparecer los registros de suministros en la pantalla—. ¿Ves? Hay cientos de artículos por los que pasar. Pero parece decidido. Y no creo que pueda borrarlos desde aquí. Él podría rastrearlo.

—No quiero que borres nada. Pero ¿y si añades algo? ¿Sería capaz de rastrearlo?

—No.

—De acuerdo —Obi-Wan se sentó rápidamente ante la consola—. Di que tuvisteis un paciente aquí en el mismo tiempo que Padme. Alguien que sufría una gran herida de una batalla. ¿Puedes añadir suministros que necesitarías si surgieran complicaciones? ¿Medicamentos? ¿Dispositivos especiales de curación?

—Por supuesto. Pero no lo entiendo.

—Puede que si le damos un pez más grande que atrapar, se distraiga.

La expresión apurada de Tuun se aclaró. —Así que si piensa que sigue la pista de alguien que está buscando el Imperio...

—Exacto.

— Pero ¿quién?

—Eso no importa. No necesitamos un nombre. Sólo necesitamos un perfil. Hay montones de enemigos del Imperio que han pasado a la clandestinidad desde el fin de las Guerras Clon, y uno de ellos pudo fácilmente haber escapado hasta aquí. Malorum tratará de descubrir quién es. El rastro no le llevará a ninguna parte. Sólo tenemos que plantar la semilla.

Tuun se giró hacia la consola. —Esto es brillante. Creo —tecleó una cantidad de suministros, desplazándose a través de una lista enorme. —Ahí. Está suficientemente enterrado

por lo que tendrá que trabajar para encontrarlo. ¿Pero deberíamos dejar que Osh Seal se enterarse de esto? Podría notar que la lista de suministros es diferente. Es meticuloso.

—No. Sancor no le ha visto aún. Así que iré yo. —Tuun copió los archivos que había alterado en un disco y se lo dio a Obi-Wan.

—Obi-Wan, amigo mío, debes tener cuidado. El Inquisidor es inteligente —Tuun pasó las manos por sus mejillas y soltó una respiración cansada. —Creía que habíamos pensado en todo. Comprobé todo tres veces. Los borrados de memoria son sólidos. No hay registros de los nacimientos. No hay grabaciones de ti o de Yoda estando aquí. No imaginé que escarbarían así.

—Están haciendo esto porque no tienen información, no porque la tengan —dijo Obi-Wan—. Vamos. Tal vez pueda hacer algo.

Tuun le dedicó una pequeña sonrisa. —Si puedes mandarle de vuelta por donde vino, eso sería genial. Pero si averigua que alteramos estos archivos, ambos podemos acabar ejecutados.

CAPÍTULO DIEZ

— ¿Realmente vas a dejarme aquí? —preguntó Trever, incrédulo.

Ferus comprobó su equipo. —Tengo que hacerlo. Sólo alguien que sabe cómo usar la Fuerza puede atravesar la caverna.

— ¿Quién lo dice?

Ferus suspiró. —Haría mi trabajo más difícil si estás allí, Trever. Las visiones te confundirán y te asustarán.

Trever alzó la barbilla. —No me asusto de cosas que no están ahí.

—Estas están ahí. Confía en mí. No sé si puedo atravesarla. Y tampoco voy a meterte en un nido de gorgodones. Si todo va bien, no tardaré mucho. Si no va bien... espera aquí a Obi-Wan. ¡Y mantente fuera de la vista!

— ¡Deja de darme órdenes! ¡No soy un niño!

—Eres un niño —dijo Ferus—. Has visto mucho y has hecho más, pero todavía eres un niño, y voy a protegerte cuando tenga que hacerlo. Fin de la historia. Ahora espera aquí. Si tengo suerte, saldré con Garen Muln y un sable láser.

—Y si no tienes suerte, un gorgodon te masticará y te escupirá, y yo barreré los pedazos —contestó Trever.

—Encantador —dijo Ferus—. Buena suerte para ti, también. —se giró. Sólo había dado unos pocos pasos cuando Trever le llamó.

— ¡Será mejor que vuelvas!

Sonriendo ligeramente, Ferus siguió adelante. Obi-Wan le había mostrado la ruta hasta el nido de gorgodones y a la parte trasera de la caverna. Incluso le había dado consejos sobre como luchar con un gorgodon, en caso de que provocara a uno.

—Vigila sus colas —masculló Ferus—. Y sus dientes. Y su saliva. Y sus brazos, cuando te aplastan hasta morir.

Illum era un planeta de hielo, y la nieve era tan suave como el cristal, con una capa exterior de permafrost. El aire estaba tan frío que sentía como si se le congelaran los pulmones con cada respiración. Ferus tenía que dar pequeños pasos y usar su cable líquido para izarse a sí mismo sobre los acantilados.

Era una subida extenuante, y trató ir despacio a pesar de su ansia por alcanzar la cima. Sabía que necesitaría toda su fuerza para encontrarse con los gorgodones. También sabía que dormían durante el día, así que también podría atravesar el nido sin despertarlos.

Mientras trepaba, tuvo que quitarse de encima el sentimiento de incredulidad de que estaba aquí. Volver a ver a Obi-Wan le había catapultado hacia un camino que no había esperado. Había dejado a su mundo natal adoptado, dejado a su socio Roan, todo para seguir una búsqueda para salvar a cualquier Jedi que pudiera encontrar. ¡Y ya ni siquiera era un Jedi!

No estaba seguro de lo que era. Era una criatura extraña, medio Jedi, medio hombre. Una criatura de carnaval espacial a que lo niños señalaban y de la que se reían, esperando que él se convirtiera en uno u otro.

Céntrate, Ferus, se dijo a sí mismo severamente.

Ferus disparó su cable líquido y este le alzó los cien metros restantes hasta el siguiente saliente. Gruesas cortinas onduladas de hielo recubrían la montaña. Obi-Wan le había explicado que sería difícil precisar la posición del nido de gorgodones. Tendría que usar la Fuerza.

Ferus cerró los ojos un momento. A veces era un esfuerzo para él aclarar su mente, alcanzar la Fuerza. Aunque el uso de la Fuerza tenía que ser algo sin esfuerzo; no podía intentarlo. Sólo podía existir en este momento, no esperar lo que estaba por venir. Sintió en el aire las vibraciones del hielo, la roca, las moléculas del cielo, su propio cuerpo. Todos ellos existían conjuntamente en un zumbido uniforme de energía, y de ellos se alzaba lo que le unía con todas las cosas de la galaxia: la Fuerza.

La sintió reunirse, y abrió los ojos. Inmediatamente vio que lo que él pensaba que era una gruesa cortina impenetrable era de hecho una pared construida. Los gorgodones habían movido los escarpados bloques de hielo como si fuera transpiriacero, imitando la empinada pendiente del peñasco para camuflarse.

Una vez que vio esto, el resto fue fácil. Ferus vio la diferencia en una sombra azul y curvada del hielo. Había una abertura en la pared, imposible de ver incluso si uno estaba mirando cuidadosamente. Caminó hacia ella.

La Fuerza no le dio ninguna advertencia, pero sabía que las criaturas estaban cerca. Podía sentirlos. Atravesó la abertura y se detuvo, confundido por lo que le rodeaba. Le llevó un momento identificar las formas. Los gorgodones habían hecho el nido usando hielo y rocas grandes para construir refugios que se parecían a las jorobadas espaldas de las propias criaturas. Eran de aproximadamente cincuenta metros de alto y estaban reunidas como colinas ascendentes. Usaban su pegajosa saliva marrón como un tipo de mortero para mantener unidas las estructuras. Tenía una cualidad elástica y colgaba sobre las aberturas, pareciendo un volante fruncido en una delicada cortina y ondeando ligeramente por la brisa.

Sabía que los gorgodones tenían un excelente sentido del olfato. Ninguno de ellos se movió mientras contaba los que podía ver. Dos en un lado, durmiendo al aire libre. Un gorgodon más pequeño, medio dentro, medio fuera de su refugio. No sabía cuántos más yacían en el interior de los refugios.

No había nada que hacer salvo caminar directamente por el centro del nido. Vio la abertura de la caverna delante, sólo una rendija en la pared, no lo suficiente grande para que pasase un gorgodon. Si podía atravesar la abertura, estaría a salvo de ellos.

Comenzó a caminar a través del nido. Un gorgodon se desperezó y se dejó caer más cerca, y él tuvo que saltar fuera de su camino. Lo que desafortunadamente le enredó en las colgaduras de apesada saliva pegajosa sobre su refugio. Silenciosamente, Ferus luchó para liberarse. Era como estar atrapado en la gruesa savia de un árbol.

El gorgodon abrió un ojo perezoso. El ojo era amarillo, y Ferus se vio reflejado en la enorme pupila negra.

Parecía muy pequeño. Y, se imaginó, sabroso.

El gorgodon abrió la boca y rugió, su triple fila de dientes amarillos todavía estaba teñida de rojo de su última matanza. La sangre de Ferus ya estaba fría, y ahora empezaba a congelarse. Los otros gorgodones se desperezaron, y repentinamente el aire se llenó con sus gritos.

Había un momento para pelear, y un momento para correr. Él corrió.

La cola salió de ninguna parte, azotándole en la espalda como un saludo demasiado amigable. Este saludo particular hizo que el dolor recorriera su cuerpo y le lanzó volando,

volando hacia otro gorgodon, con las mandíbulas abiertas para atraparle y sin duda partirle en dos.

Si alguna vez necesitó la Fuerza, era ahora. Ferus se extendió hasta ella, pero no encontró nada, ninguna corriente que pudiera ayudarle. Sabía que estaba demasiado concentrado en las mandíbulas que le aguardaban. El momento presente no era demasiado horrible, meramente volaba por los aires. Era el siguiente momento lo que suponía un problema. Ese en el que las filas de dientes le desgarrarían hasta convertirlo en astillas.

En lugar de tratar de alcanzar la Fuerza, trató de alcanzar la fibrosa y elástica saliva que daba vueltas sobre el refugio mientras pasaba volando. La agarró con las desesperadas puntas de los dedos, y ésta cedió por él.

Todo lo que necesitaba era una ruptura en su inercia, y la obtuvo. Tiró de la gruesa y pegajosa sustancia, y le devolvió hacia atrás. Se estrelló contra el lateral de una roca enorme, pero al menos eso era mejor que aterrizar en las fauces de un gorgodon.

El gorgodon dejó escapar un aullido de cólera por la distracción de su almuerzo. Saltó detrás de Ferus. Pero Ferus ya se estaba moviendo, manteniendo un ojo en esas colas letales. La piel del gorgodon era tan gruesa que los rayos láser no podían matarlos, sólo molestarlos, así que dejó su bláster enfundado. Necesitaba alcanzar el lugar vulnerable detrás de sus cuellos para matarlos, y por el momento no se acercaría tanto. Además, él era el intruso. Había entrado en su nido, y supuso que tenían todo el derecho a estar enfadados con él.

¿Pero tenían que ser tan perversos por eso?

Usó la siguiente cuerda pegajosa como un columpio para subirse sobre la espalda de un gorgodon. Una pata tan grande como un trineo gravitatorio intentó aplastarle, pero de repente la Fuerza estaba con él, y navegó sobre ella. Ahora sentía la Fuerza, y la usó para extender su salto sobre el último refugio de los gorgodones.

Casi estaba en la abertura de la caverna se sintió elevarse por el aire. Su primer pensamiento fue de sorpresa. Estoy en el aire otra vez, pero no salté, pensó confundido.

Después vino el golpe de dolor. El lado izquierdo de su cuerpo estaba ardiendo. Se dio cuenta de que había sido golpeado con una pata de gorgodon. No sólo eso, sino que el golpe había sido perfectamente calculado. Seguía una trayectoria directa hacia la otra pata, la cual estaba levantada a la espera. Vio muy claramente que la criatura tenía la intención de lanzarle de una pata a otra, apalearle sin ton ni son, meterlo en su boca, y triturarlo.

No era su idea de una tarde agradable. O una defunción decente.

Ferus dio un salto mortal en el aire, olvidando el dolor mientras surgía la urgencia por sobrevivir. Era consciente de la claridad del aire frío, de la belleza cristalina del hielo, del olor de los gorgodones, rico y fétido en sus fosas nasales.

Sus botas golpearon contra la maciza palma del gorgodon. Dobló las rodillas, y saltó, usando el poder de la criatura para enviarse volando. Pero en lugar de dejar que el gorgodon dictase su dirección, Ferus utilizó la Fuerza para catapultarse sobre la cabeza de gorgodon. Aterrizó en el pelaje, estaba tan resbaladizo por el hielo como la ladera de una colina. Ferus se deslizó hacia el cuello de la criatura, sacando su vibroespada de su túnica y, con un rápido giro de su cuerpo, usó toda su fuerza corporal para enterrarla en el área blanda detrás del cráneo de la criatura.

El bramido del animal herido resonó a través del aire y se quitó de encima a Ferus como a una hoja seca. De nuevo Ferus salió volando por los aires, pero aterrizó con seguridad en tierra.

Salió corriendo hacia la caverna mientras la criatura giraba por el suelo, tratando de quitarse la vibroespada.

Se introdujo por la abertura de la cueva y fue al que se zambulló en la oscuridad. Lo había conseguido. Los gorgodones estaban detrás de él, pero sabía que lo peor todavía estaba por delante.

CAPÍTULO ONCE

Trever se enrolló en una manta termal y se sentó con la espalda contra un peñasco pulido por el hielo. Su respiración se congelaba en el aire, por lo que echó algunas nubes y observó disiparse el vapor. Lo hizo otra vez. Entonces cerró un ojo y trató de adivinar dónde acababa el hielo y empezaba el lago congelado.

Nunca un momento aburrido.

Ferus le había dejado atrás otra vez. Justo cuando esto prometía algo de acción, era aparcado como un patín de entrenamiento. No había esperado esto. Cuando se había colado a bordo del crucero no había sabido qué esperar, pero ciertamente no era esto. Solamente quería escapar de su mundo natal y del Imperio —y en lugar de eso, estaba enredado con los Jedi. De acuerdo, había podido ver un poco de la galaxia, pero ir por ahí con un héroe de la resistencia y un Jedi seguro que no se pagaba bien. Para la mente de Trever, aventura debería significar algún tipo de beneficio a lo largo del camino. ¿Para qué más servía el peligro?

¿Quién sabría que Ferus resultaría ser tan... noble?

Todavía le gustaba Ferus, pero no se apuntó para ser la luna de su planeta.

Trever masticó un comprimido de proteínas. Tal vez debería separarse de estos tipos y encontrar un planeta bonito en alguna parte, algún lugar en el Borde Exterior donde el alcance de Imperio no era tan... posesivo. Algún lugar decente que pidiera a gritos un poco de acción de mercado negro, donde podría comprar y vender en paz. Alguna parte donde un inofensivo ladrón como él podría procurarse una vida honesta sin una bota Imperial en su cara.

¿Era eso un crujido del hielo, o una pisada? Trever dejó de masticar su comprimido. Ciertamente no podía haber sido el viento removiendo inexistentes hojas en este yermo congelado de planeta. No, definitivamente era lo que pensó que era... una pisada.

Enrollándose más seguramente en el camuflaje de la manta termal, se deslizó detrás de un peñasco. Directamente debajo de él un estrecho camino se curvaba alrededor de la ladera. En otro segundo vio dos soldados de asalto en algún tipo de traje de nieve, caminando hacia él.

Vio de inmediato que no estaban buscando nada. Eran simplemente dos soldados, recorriendo un perímetro, haciendo un trabajo aburrido.

Pero no estaban en ninguna parte cercana a su base. Y eso significaba que habían dejado un vehículo cerca en alguna parte. Lo cuál podía ser una situación muy interesante.

Silenciosamente, Trever salió de la manta termal. Esperó hasta que los soldados de asalto hubieron desaparecido de la vista y entonces bajo por la ladera. Caminó con dificultad a través de la nieve, dirigiéndose por donde los soldados de asalto habían venido.

No le llevó mucho encontrar su transporte. Trever dejó escapar un silbido bajo. Dulce. Era un pequeño crucero espacial. Sin duda estaba equipado bastante bien. Podría tomar alguna comida decente, tal vez unas cuantas herramientas o un impulsor auxiliar fácilmente extraíble... solamente algunas cosas que no notarían si desaparecían.

La rampa todavía estaba bajada. Hablando de una graciosa invitación. Trever subió por la rampa y se deslizó al interior de la nave.

Primero asaltó la cocina de la nave y devoró algo de comida mientras buscaba. Se guardó un cortador de fusión completamente nuevo en el bolsillo —nunca sabías cuándo podrías necesitarlo— así como un pequeño par de electrobinoculares. Tomó un par de puñados de brocas para el cortador de fusión, por si los necesitaba.

Vaciló ante un sensor tracom, pero decidió que podrían echarlo en falta. No quería dejar ninguna evidencia de su presencia. Pero se metió en el bolsillo un puñado de cargadores alfa-plus que encontró en una caja de herramientas. Eran explosivos potentes, normalmente usados en minería. Sin duda los soldados los necesitaban para volar cualquier roca que se interpusiese en su camino.

Trever pensó que habría al menos un par de créditos tirados por ahí, o alguna clase de moneda en curso portátil. Ni siquiera había un chip de crédito que meterse en el bolsillo. Pero sus bolsillos estaban hinchados de todas formas, y era hora de irse.

Repentinamente escuchó el crepitar de un transmisor. Los soldados de asalto estaban regresando. Trever miró hacia afuera. Todavía no estaban a la vista.

Estaba a punto de bajar corriendo por la rampa cuando advirtió por el rabillo del ojo que un transporte estaba aterrizando. Le verían si salía ahora. Maldiciendo su mala suerte, Trever se retiró hacia atrás y se quedó rondando por la parte superior de la rampa.

Los soldados de asalto se aproximaron a la nueva nave mientras ésta aterrizaba. El techo de la cabina del piloto se abrió y Trever oyó claramente al oficial del interior preguntar — ¿Algo inusual?

—Nada que informar —dijo uno de los soldados.

—Regresen a la base. Escenario de ataque siete en marcha.

— ¿Otro ejercicio?

—Negativo. Una nave fue divisada. El barrido indicó a una forma de vida cerca de las afueras de la cueva. ¿Está seguro de que no habéis visto nada inusual?

—Sí, estamos seguros.

Justo entonces, una de las brocas guardadas en el bolsillo de la túnica de Trever cayó. Rebotó con un sonido metálico y después bajó rodando por la rampa.

Sabía que no valía la pena ser tan codicioso.

Hubo una pausa de una fracción de segundo. Después los soldados de asalto se giraron, escaneando el área. Los sensores de sus cascos destellaron en rojo cuando se fijaron en él.

Fueron a la carga, con sus blásters apuntando directamente a Trever.

Rápidamente cerró la rampa y se metió en la cabina del piloto. Una vez había ganado una competición de puenteados entre los ladrones más jóvenes de Bellassa. Ahora redujo a la mitad su tiempo récord.

Era hora de dar un paseo.

CAPÍTULO DOCE

Sancor era un pequeño humanoide cuya túnica oscura parecía empequeñecerle. Sus dedos eran largos y de falange triple, y se movían fácilmente sobre el teclado mientras la información inundaba la pantalla.

—Éste es Osh Seal, nuestro oficial de suministros médicos —dijo Tuun, señalando a Obi-Wan que se había puesto las ropas apropiadas de un oficial de suministros médicos, incluyendo una máscara quirúrgica que le cubría la cara.

—Por fin —Sancor le hizo un gesto a Obi-Wan para que se acercara sin girarse para mirarle—. He estado esperando durante quince minutos.

—Estaba en mi descanso —dijo Obi-Wan, manteniendo su tono amistoso—. ¿Cómo puedo ayudarle?

Sancor hizo crujir sus largos y flexibles dedos y después alzó una mano. —El registro de suministros de las fechas que le indiqué. Quédese aquí mientras lo reviso. Tendré preguntas.

—Trataré de contestarlas —Obi-Wan le tendió a Sancor el disco que Tuun le había dado.

Sancor lo insertó en la ranura del lector. La información brotó en la pantalla, números, letras y códigos.

Obi-Wan se inclinó hacia adelante mientras Sancor se desplazaba a través del material.

—Si me dice lo que está buscando, podría ayudarle mejor —dijo Obi-Wan.

—No le he hecho ninguna pregunta —contestó Sancor bruscamente. Sus pequeños ojos negros se movían rápidamente sobre el material—. Dr. Naturian, no recuerdo haberle pedido que se quede. Estoy seguro que tiene tareas en otro sitio. Un paciente que salvar, quizá.

—Sí. Me iré, entonces. —Con una mirada final a Obi-Wan, Tuun salió de la habitación.

—Aquí —el largo dedo de Sancor descansaba a escasos milímetros de la pantalla—. Un equipo de escaneo de signos vitales. Encargó varios equipos de repuesto aquí.

—Sí, es un artículo que usamos frecuentemente...

—Pero estos son usados específicamente para escanear problemas potenciales en recién nacidos.

—No, no exclusivamente.

—No hubo recién nacidos en esta instalación en aquel entonces.

—No lo sé, no he hecho referencias cruzadas con registros de pacientes—

—Pero yo sí —Sancor continuó desplazándose. Repentinamente se detuvo—. ¿Qué es...? —cerró su boca. Obi-Wan observó su cara. Había descubierto los artículos que Tuun había introducido. Sancor se relamió los labios mientras estudiaba la pantalla. Obi-Wan pudo ver que estaba intentando no exteriorizar su entusiasmo—. Usted sólo tuvo unos cuantos pacientes en el centro médico durante este período. Sólo uno estaba seriamente herido. Sin embargo estos suministros muestran que se trató una enfermedad catastrófica principal. Sus registros no reflejan eso.

Obi-Wan se encogió de hombros. —Los registros pueden volverse desordenados.

Sancor le dedicó una mirada heladora. —Es raro que usted desacredite sus propias habilidades. Estos registros son meticulosos. Y los droides médicos están programados para introducir todos sus procedimientos. Deberían encajar.

—No soy médico —dijo Obi-Wan—. Sólo soy un técnico. Tal vez querrá comprobar los droides médicos.

—Si quisiese hablar con un droide médico, lo llamaría. ¿Quién más tuvo acceso a su pedido en aquel tiempo?

—Yo hago el pedido.

—¿Alguien comprueba sus pedidos o los ve después de que los envíe?

—No.

Sancor le miró, sin creerle. Los largos dedos acariciaron las teclas. —
Comprobemos la lista de empleados.

Uno por uno, los nombres y las fotos fueron apareciendo. De repente Obi-Wan se sintió inquieto.

—Estoy seguro de que puedo ayudarle —dijo—. Sólo necesito familiarizarme con algunos detalles.

—Seguramente puede recordar algo que ocurrió casi al final de las Guerras Clon.

—Fue un tiempo caótico.

—Al contrario. Las cosas iban lentas en este cuadrante; eras un adjunto en una excavación arqueológica. La acción estaba en otro sitio —Sancor se giró y miró a Obi-Wan, con las antenas crispándose.

Detrás de la cabeza de Sancor, el nombre OSH SCAL apareció, junto con unas facciones en absoluto parecidas a las de Obi-Wan. Todo lo que Sancor tenía que hacer era girarse y vería la verdad, que Obi-Wan estaba suplantando al oficial de suministros.

Obi-Wan intentó alcanzar la Fuerza.

—Ya ha visto bastante, y puedo irme —dijo.

Sancor negó con la cabeza. —Ciertamente no he visto bastante.

La mente de Sancor era demasiado fuerte para influenciarla. Pero Obi-Wan había evitado que se girase.

Obi-Wan se levantó abruptamente. —Puedo acceder a los archivos más rápidamente desde el otro terminal.

—Entonces hágalo.

Casi lo había conseguido. Pero Tuun asomó su cabeza repentinamente. — ¿Han acabado ya?

Sancor se giró para ver a Tuun, y su mirada barrió la pantalla. Vio el nombre y la imagen.

Cuando se volvió hacia Obi-Wan tenía un bláster en la mano.

—Supongo que ustedes dos me van a decir qué está pasando —dijo. Sonrió, y ellos vieron unos pequeños dientes puntiagudos—. No sabía si tenían algo que esconder. Pero ahora estoy seguro.

Obi-Wan sintió la oleada del lado oscuro de la Fuerza antes de que ocurriera. Activó su sable láser justo cuando Sancor disparaba a Tuun. Obi-Wan fue capaz de desviar el fuego mientras Tuun saltaba hacia atrás. Algunos de los rayos láser cruzaron por el aire y chocaron contra el muro. Obi-Wan saltó hacia adelante con su sable láser activado y listo. Vio la llamarada de sorpresa en la cara de Sancor, y entonces corrió, pasando junto a Tuun y dirigiéndose al vestíbulo abajo.

—Se dirige hacia el hangar principal —dijo Tuun—. No podemos dejarle ir. ¡Tiene el disco!

Obi-Wan salió corriendo. Sancor se retiró las mangas de su túnica, y Obi-Wan vio el destello de un cohete de muñeca.

— ¡Agáchate! —le gritó a Tuun, mientras él se zambullía buscando cobertura.

El cohete explotó, haciendo llover pedazos de techo sobre su cabeza. Obi-Wan se apartó rodando y cargó.

Sancor siguió la explosión del cohete con una andanada de fuego láser. Obi-Wan balanceó su sable láser desviando el fuego.

Sancor pasó corriendo a través de una puerta y Obi-Wan le siguió. Se encontró en un cuarto oscuro y oval. Le llevó un momento orientarse, y entonces se dio cuenta de que estaba en una alta plataforma de observación sobre una de las nuevas salas de operaciones. La plataforma era separada del corredor principal y tenía asientos para observadores así como videopantallas y consolas de ordenador.

Los vacíos asientos parecían fantasmales bajo la tenue luz. No podía ver a Sancor, pero sentía su presencia. No se molestó en forzar la vista. En lugar de eso invocó la Fuerza y escuchó.

Allí, en una esquina de la habitación. Sancor estaba escondido. Esperando.

Escuchó el siseo del cohete de la muñeca antes de que se disparase. Saltó a un lado mientras pasaba silbando. Abrió un agujero en la pared tan grande como una puerta. Pero Sancor había subestimado la potencia del cohete y la estructura de la plataforma de observación. La plataforma comenzó a soltarse de sus soportes.

Obi-Wan saltó de cabeza hacia el agujero abierto en la pared. Dio un salto mortal a través del agujero y aterrizó en el suelo del pasillo mientras la plataforma se despegaba de la pared.

Sancor gritó y se agarró a una consola, intentando desesperadamente llegar al pasillo mientras el suelo se inclinaba bajo sus pies.

La plataforma se separó lentamente de la pared. Sancor perdió su agarre y cayó por el aire.

Obi-Wan se abrió paso hasta el extremo del vestíbulo que acababa en el aire. Miró por encima del borde del suelo. Sancor había aterrizado muy por debajo en una bandeja de afilados instrumentos médicos.

Había terminado. Sancor ya no era una amenaza.

Lentamente, Obi-Wan se puso en pie. La muerte de Sancor no ayudaría al asunto. Malorum se preguntaría por qué no había regresado.

O bien el secreto de Padme estaba a salvo, u Obi-Wan lo había puesto en un peligro más grande que nunca.

CAPÍTULO TRECE

La oscuridad de la caverna comenzó a volverse gris en los bordes. Los ojos de Ferus se ajustaron a la falta de luz. Las paredes de la cueva resplandecían levemente por los cristales incrustados en su superficie rocosa. Las pictografías de las paredes contaban historias sobre cruzadas Jedi de miles de años atrás. Jedi o no, él formaba parte de esa tradición.

La Caverna de Cristal. Habían murmurado sobre eso como Padawans y habían deseado verlo. Recordó su viaje hasta aquí con Siri, cuando había llegado a construir su propio sable láser. Había sido atormentado por las visiones, en cierto momento se había hecho una bola para escapar ellas. Le habían acusado de estar huyendo de su verdadera naturaleza, de evitar la Fuerza Viva porque tenía miedo de sí mismo. Dijeron que sólo fingía humildad, que su destreza como el mejor aprendiz le complacía en exceso.

Le mostraron una visión de sí mismo con una túnica Jedi destrozada, su sable láser roto, y él había sabido que estaban mostrándole que nunca sería un Jedi. En ese momento había pensado que le estaban advirtiendo que no pasaría las pruebas. Ahora sabía que la visión se había hecho realidad. No se había convertido en un Caballero Jedi.

En aquel entonces sólo había uno que pudiera superarle, Anakin Skywalker. Las visiones le habían dicho que los celos le cegarían, y le previnieron de ser amigo de Anakin. Había visto una oscura figura con una capa que le había asustado.

Te estoy esperando, Ferus. Aguanto en tu futuro, había dicho la visión con una voz extraña e incorpórea. Eso le había aterrorizado más que cualquier otra cosa.

Ahora entendía lo que había visto. Posibles futuros, vistazos dentro de sus propios miedos. Sólo había encontrado libertad cuando dejó a los Jedi. Libertad para ser él mismo. Roan le había enseñado eso. Roan le había enseñado a no preocuparse por lo que pensase nadie, pero sí respetar los sentimientos de todo el mundo. Era una distinción que de alguna manera no había sido capaz de aprender en el Templo. Había estado demasiado ocupado tratando de ser perfecto.

Ahora sabía que no había estado celoso de Anakin, sino que le había tenido miedo. ¿Por qué? Todavía no sabía la respuesta a esa pregunta.

¿Y qué importaba? Anakin estaba muerto. Como todos los demás.

Él ya era mayor. Ya no era un Jedi. ¿Qué visiones podrían asaltarle ahora, que pudieran asustarle? Había vivido una guerra. Había estado asustado hasta las botas y había seguido caminando.

Se conocía a sí mismo. Conocía sus límites y sus capacidades. La caverna ya no podía asustarle.

— ¿Eso crees?

Una trémula imagen apareció ante él. La respiración de Ferus se detuvo. Siri. Su Maestra, su amiga.

—Esa es la cosa —dijo Siri. Si bien su imagen brilló tenuemente y se fracturó, la voz en su cabeza era pura Siri, directa, un poco burlona. —No has cambiado nada. Escúchate, sigues diciéndote que nada puede tocarte, que eres el mejor. ¿Es tan importante ser el mejor, Ferus?

Él negó con la cabeza. Eso no era lo que pensaba.

¿Verdad?

— ¿Por eso nos dejaste? ¿Porque no eras el mejor, y lo sabías?

—No —dijo Ferus—. No es eso por lo que me fui.

Siri cruzó los brazos y se reclinó hacia atrás, pero no había nada contra lo que apoyarse. Se quedó extrañamente sostenida contra el aire, con sus embotados pies cruzados. —No tienes que tener miedo de lo que somos. Tienes que tener miedo de lo que eres tú.

—No tengo miedo —dijo Ferus en voz alta, aunque sabía que Siri era simplemente una visión. Parecía bastante estúpido discutir con una visión, pero no había otra manera—. Ahora me conozco. En aquel entonces no.

El bufido de la risa de Siri le trajo el dolor de su ausencia. Pero en cierta forma esta vez su burla no estaba teñida de afecto. Esto era duro para él. —Bien, deberías tener miedo. ¡Todavía te engañas a ti mismo!

De repente se inclinó hacia adelante. — ¿Quieres salvar a los Jedi, tu sólo? ¿Reconciliarte por habernos dejado?

— ¡No, no es por eso! —Dijo Ferus—. ¡Sólo quiero ayudar, quiero luchar contra el Imperio!

—Quieres volver y cambiar tu decisión —dijo Siri—. Quieres ser un Jedi otra vez. Tengo una noticia de última hora de la Holonet para ti, ¡No puedes! ¡Nunca volverás a ser un Jedi! Todos esos intentos menores de usar la Fuerza, ¡Es patético! ¿Qué es lo que siempre te decía? Tus planes conllevan responsabilidades. Estás olvidando eso. ¡Otra vez!

Siri empezó a reírse. Sus facciones se fragmentaron repentinamente en pedazos de luz. Entonces su cara se recompuso de una manera extraña, como si sus facciones no fuesen juntas. Era algún monstruo sin cara, alguna imagen del lado oscuro de la Fuerza que se había aparecido ante él. ¿Cómo había olvidado eso, la manera en la que las imágenes cambiaban de forma hasta que no sabía quién era un Jedi y quién era el lado oscuro de la Fuerza?

¿O estaba proyectando él lo que veía? ¿Estaban creando la visión sus miedos?

Miedos que ni siquiera había sabido que estaban allí.

Repentinamente, Ferus deseó haber decidido hacer cualquier otra cosa —
enfrentarse al propio Emperador— en lugar de entrar en esta cueva.

Lo había hecho por Garen, por un Jedi al que ni siquiera había conocido mucho. Alguien al que no podía recordar muy bien, un destello de una sonrisa, una facilidad con la Fuerza Viva, un asombroso piloto, el amigo de Obi-Wan.

Eso era suficiente. La oleada de sentimientos que llegaron cuando pensó en Garen le enseñó algo. Todavía debía ser un Jedi, debía haber una parte de él que seguía vibrando con la Fuerza, si sintió esa conexión. La vida de Garen era su vida. Era tan simple como eso. Lo que había forjado en su infancia todavía resonaba en sus huesos.

Avanzó, profundizando en la caverna. Ahora las paredes se volvieron irregulares por los rechonchos cristales que estaban incrustados en la roca. Ferus sabía que no le serviría estudiar los cristales, ni encontrar los más bellos. Debía dejar que los cristales le llamaran. Si la Fuerza era poderosa en él, los cristales que necesitaba le hablarían entre los miles que yacían a su alrededor. Espera. Los correctos aparecerán.

Se sentía impresionado, estando en este lugar. Repentinamente llegó hasta él, el hecho de que estaba aquí. Tanto si le gustaba como si no, estaba de nuevo en el camino del Jedi.

—Increíble.

Era Anakin Skywalker. Por un momento, Ferus pensó que era realmente él. Parecía tan sólido, tan real. Entonces se dio cuenta de que Anakin era joven, probablemente alrededor de los dieciséis, la edad que tenían cuando Ferus había dejado la Orden Jedi.

—Es tan típico de ti —dijo Anakin—, pensar que eres el único que puede hacer algo. Ese ego tuyo. No es extraño que no le gustaras a nadie.

Ferus esperó. Sabía que ésta era una imagen contra la que no podía luchar, no podía discutir con eso. Y hacía mucho tiempo que había dejado de importarle lo que Anakin pensaba de él. No era nada que no hubiese escuchado antes.

—Tus celos destruyeron tu futuro —dijo Anakin—. Trataste de destruir el mío, y eso no funcionó, así que abandonaste.

—Tú sabías que el sable láser de Tru estaba defectuoso —dijo Ferus. No podía evitarlo. Las palabras habían estado guardadas durante muchos años. Ferus y Anakin habían puesto a su amiga Tru en peligro, y aunque Ferus no había tenido intención, había aceptado la culpa. — Estabas celoso de nuestra amistad, así que no dijiste nada. Esperabas que nos metiésemos en líos con el Consejo. Y así fue. Sabías que no te delataríamos. Y no lo hicimos. Así que te mantuviste en silencio, y conservaste tu lugar en la Orden Jedi, y dejaste que me alejara de todo ello.

Anakin se encogió de hombros. — ¿Esa es tu versión?

—Es la verdad. Y lo divertido es que fue lo mejor que me ocurrió. Me encontré a mí mismo.

—Cierto —dijo Anakin—. Eso he oído. Aunque también yo me encontré a mi mismo.

Repentinamente los cristales se oscurecieron. Ferus ya no podía ver las paredes de la caverna. Un viento se movió a través de la cueva.

¿Viento? pensó Ferus. ¿De dónde viene el viento? Sintió la frialdad del miedo entrando en él. ¿Crees que sabes lo que es el miedo?

Los susurros comenzaron.

El mal estaba en la caverna. Lo sabía por la mano helada que agarraba su corazón, por cómo la fuerza abandonaba sus piernas.

¿Había metido la pata? ¿Había tomado el lado oscuro de la Fuerza el control sobre la caverna?

Fuera de la oscuridad creció una sombra. Era una cosa, no una persona. Una sombra llena de dolor cruel. Entonces la sombra se formó y reformó, y vio que era una figura. Una con casco y una capa oscura.

Una respiración penetró en la caverna. Un sonido rudo y artificial. Escuchó la inhalación, lo exhalación. Era como si la criatura aspirase la oscuridad y la exhalase.

Darth Vader.

CAPÍTULO CATORCE

Había oído hablar de él, por supuesto. El ejecutor del Emperador. El que llegó con puño de hierro. Y ahora Ferus sabía que era un Sith.

La voz era baja y escalofriante.

—Es nuestro destino encontrarnos. Es mi tarea hablarte sobre las verdades de las cuales te escondes. No eres un Jedi. Te engañarás a ti mismo con que lo eres. Pero entonces, siempre te has engañado a ti mismo. También podrías rendirte ahora. Porque fallarás. Y harás caer a todo el mundo contigo. Observa.

Ferus vio la visión claramente. Garen, otro Jedi que no podía reconocer, y, extrañamente, Haim. Y Roan también estaba allí. Contemplaban una bola de fuego en el cielo. Mientras él observaba, la bola de fuego los consumió.

Quiso alzar la voz, pero no podía.

—Tus planes conllevan responsabilidades —dijo Darth Vader—. Pero nunca piensas en eso, ¿verdad? Sólo en tu propia gloria.

En mitad de su miedo, Ferus sintió crecer la obstinación, y la agarró. La Fuerza estaba ahí, y él lo sabía, aun si en ese momento estaba demasiado asustado para acceder a ella. Sólo saber que todavía existía en la caverna le dio esperanza.

Con el comienzo de la esperanza vino el coraje.

Casi había olvidado eso. La Fuerza estaba en todas partes, incluso donde el mal respiraba.

—Éstas son cosas que pueden ocurrir —dijo él—. Yo puedo crear mi propio camino.

—Nunca has visto la verdad.

—Si ésta es tu verdad, dame mis ilusiones.

Ferus caminó hacia adelante, directamente hacia Darth Vader. Estaba asustado, pero aceptó su miedo y continuó. Si éste debía ser su fin, entonces lo aceptaría.

En el mismo momento en que tocó la oscura capa sintió como si hubiera sido quemado. Un grito surgió de su garganta y fue arrojado por los aires. Golpeó el suelo y gimió.

El lado oscuro de la Fuerza se retiró. Sintió que era absorbido en un vórtice.

Estaba solo.

A través de la niebla de dolor vio un trío de cristales azul claro, resplandeciendo como estrellas. Luchó para ponerse en pie y caminó hacia ellos. Puso su mano sobre ellos, y estaban calientes. Cayeron en sus manos.

Los guardó en el bolsillo de su túnica. Tendría que modelar una empuñadura de alguna manera. No estaba seguro de cómo lo haría sin los recursos del Templo, el acceso a los archivos de diseño, herramientas especiales, y células de energía. Los cristales eran lo más importante, sin embargo. Podría descubrir una manera de hacer el resto.

Pero las visiones todavía no habían terminado con él. Otra visión apareció, un antiguo Jedi chocó bruscamente contra la pared de la cueva, su túnica estaba andrajosa y sus ojos cerrados. Era como si sostuviese la derrota de todos los Jedi en su encogida posición.

Ferus caminó hacia la visión. También afrontaría ésta. El sonido de sus pisadas resonó suavemente. La visión alzó su cabeza.

— ¿Quién eres tu? —preguntó.

Era real. Era un hombre.

Ferus se encorvó lentamente. — ¿Garen?

A través de sus agrietados labios, el hombre preguntó ¿Quién quiere saberlo?

—Soy Ferus Olin.

—Conozco... ese nombre. El aprendiz de Siri.

—Sí. Nos conocimos una vez... hace mucho tiempo. Soy amigo de Obi-Wan Kenobi.

—Obi-Wan ¿está vivo?

—Sí, mucho. Es demasiado terco para no estarlo.

Garen se apoyó contra el muro de roca de la caverna y sonrió. —Sí, ahora sé que realmente eres tú, Ferus.

—Él me envió aquí para encontrarle. Va a volver con una nave.

—Oh, genial —dijo Garen—. Obi-Wan va a rescatarme. Nunca escucharé el final de esto.

—Todo el mundo tiene que pagar un precio para la supervivencia —Ferus sonrió abiertamente.

—No creíamos que hubiese sobrevivido ningún otro Jedi.

—¿Nosotros?

—Fy-Tor-Ana. Ella también vino aquí, pero iba a regresar a Coruscant, averiguar lo que sucedió en el Templo, y volver a por mí. Ella nunca... consiguió llegar.

De repente escucharon un ruido terrible, un aullido de agonía. Y entonces el aire se llenó de horribles gritos.

—¿Visiones? —preguntó Ferus.

Garen se esforzó para sentarse. —No.

—Los gorgodones —dijo Ferus—. Pero por qué estarían... volveré en seguida.

—No voy a ir a ninguna parte.

Ferus regresó corriendo a través de la cueva hasta la abertura. Puso su ojo en la grieta.

Soldados de asalto con dispositivos de lanzamiento de dardos y lanzallamas estaban destruyendo sistemáticamente el nido de gorgodones. Las criaturas contraatacaron ferozmente, pero Ferus podía ver que sólo faltaban minutos para la derrota. Peleaban para proteger sus refugios, pero Ferus vio cómo los soldados de asalto apuntaban las granadas de fragmentación a los grandes peñascos y a las paredes exteriores para crear un chaparrón de escombros en el exterior de la entrada de la cueva. Mientras observaba, un peñasco enorme cayó directamente en frente de él, tapando su vista y enviando una nube de piedra pulverizada hacia el interior de la cueva. Tosiendo, retrocedió.

Sabían que estaba aquí. Estaban cortando su salida. Ahora tendría que salir por la parte delantera de la cueva.

Volvió rápidamente hacia Garen. —Tenemos que salir a través de la parte delantera. Nos estarán esperando allí, estoy seguro —Ferus tanteó en su cinturón de utilidades. Sacó un frasco de agua y un comprimido de proteínas—. ¿Puedes tragarte esto?

Pero Garen apenas lo miró. Volvió su mirada hacia Ferus, y Ferus vio resignación.

—Debes ir. Vine aquí para estar con la Fuerza, para descansar con las visiones de mis antepasados. La Fuerza Viva es demasiado débil en mí. —Luchó para sacar su sable láser de su cinturón. Se lo tendió a Ferus—. Necesita cristales nuevos. Te vi encontrar los tuyos, los azules. Colócalos. Ahora es tuyo.

—No puedo tomarlo —dijo Ferus.

—Debes hacerlo —dijo Garen—. Nunca volveré a usarlo. Estaría orgulloso de entregárselo a un compañero Jedi.

—Pero ni siquiera soy un Jedi. Ya no.

—Siento la Fuerza en ti —dijo Garen—. Eso es suficiente.

Ferus cogió el sable láser respetuosamente. Extrañamente, la empuñadura parecía perfectamente equilibrada en su mano. Si bien estaba mellada y maltratada, y tenía una gran abolladura en un lado, encajó en su palma como si lo hubiese modelado él mismo. Tocó el cierre en la agarradera y colocó dentro los cristales. Lo activó y el asta zumbó cobrando vida, resplandeciendo en un pálido azul celeste.

—Úsalo bien —dijo Garen.

—Lo haré. Voy a sacarnos de aquí —Ferus se agachó y miró a Garen directamente a los ojos—. Puede que la Fuerza Viva sea débil, pero todavía está en ti. No sería correcto abandonarte sin intentarlo. Iría contra el código Jedi —le tendió el agua y el comprimido. Tomó un largo momento, pero Garen asintió.

Ferus ayudó a Garen a beber el agua y tragarse el comprimido. Después le ayudó a ponerse en pie. Juntos, se movieron hacia la parte delantera de la caverna. Ferus no sabía cómo podría luchar y proteger a Garen, pero sabía que debía hacerse.

Se preguntó dónde estaría Trever. Se preguntó dónde estaría Obi-Wan. Se preguntó cómo se había metido en este apuro. Se preguntó por qué no podía simplemente encontrar un bonito planeta para un exilio confortable e intentar ignorar al Imperio. Se preguntó si las visiones eran ciertas, si iba a realizar esta tarea sólo para probar que era un Jedi después de todo.

Mientras se acercaban a la abertura de la caverna, Ferus movió a Garen hasta el lado más alejado, cerca de una roca enorme. —Quédate aquí mientras compruebo esto.

Se arrastró hacia adelante. Justo como temía, había todo un escuadrón de soldados de asalto alineados en el exterior en formación de combate. Contó quince. No era un número imposible para un Jedi, pero un Jedi que no había usado un sable láser en mucho tiempo podría tener problemas.

Los observó durante un momento, tratando de descubrir su plan.

Y entonces supo cual era.

Detrás de las tropas, un Mortero de Granadas Móvil Merr-Sonn estaba colocado en posición. Era capaz de disparar un total de cien granadas cada segundo más o menos, con almacenamiento de más centenares de granadas que podían ser recargadas a través de un tubo. Manejado por dos soldados en un trineo repulsoelevador, podía acelerar rápido y elevarse en el aire treinta metros. En resumen, era altamente maniobrable, una máquina mortalmente aniquiladora.

Garen había encontrado de alguna manera la fuerza para arrastrarse al lado de Ferus. Dejó escapar un silbido bajo. —Éstas no son buenas noticias.

—Van en serio —estuvo de acuerdo Ferus.

—¿Y, cómo de bueno eres con ese sable láser?

—Realmente, estoy un poco de oxidado.

—Ojalá no hubiera oído eso.

—¿Tienes algún otro arma?

—No.

—Coge mi pistola láser.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Garen.

—¿Se supone que tengo un plan?

—Bien —dijo Garen—, yo sugeriría uno. Pensemos en nuestro entrenamiento en el Templo.

— ¿Un acertijo? ¿Ahora? —Tal vez no había echado tanto de menos a los Jedi después de todo.

—Cuando te encuentras con una fuerza abrumadora y te exceden en número, ¿cuáles son las estrategias disponibles?

—Retirada, en primer lugar —dijo Ferus con los ojos en los soldados de asalto—. Esa es siempre la favorita.

—Imposible en esta situación, me temo. Probemos la número dos.

—Haz tuya la ventaja del enemigo —Ferus encontró que las palabras venían fácilmente a él. Recordaba sentarse en las clases en el Templo, estudiando escenarios. Se consideraba que si bien los Jedi eran guardianes de la paz, debían tener conocimientos de estrategia militar. Esto le había servido adecuadamente como oficial en las Guerras Clon—. Capturar el mortero de granadas —dijo lentamente—. ¿Pero cómo?

—Vine a esta cueva hace muchos años para encontrar mis cristales —dijo Garen—. Decidí esperar fuera hasta que estuviese preparado, hasta que sintiese la Fuerza crecer a mi alrededor. Bien, eso es lo que me dije a mí mismo. En realidad, estaba atascado. Me senté durante mucho tiempo, simplemente estudiando la abertura de la cueva. Y advertí algo, un pájaro. Éste era uno de esos pequeños pájaros blancos plumanieve, y había construido un nido sobre la entrada de la cueva. Y vi que había estado mirando a la caverna incorrectamente. Parece como si estuviera excavada en la cara de la montaña, pero realmente hay un pequeño saliente encima de ella.

—No lo pillo —dijo Ferus—. Y no me gusta recordártelo, pero hay un escuadrón de soldados de asalto y alrededor de un centenar de granadas esperando ahí fuera.

—El saliente es lo suficientemente grande para un nido de plumanieve, pero también lo suficientemente grande para que un hombre se encarama —dijo Garen.

—¿Encaramarse? ¡No quiero encaramarme! Sería un blanco enorme.

—Puedes trepar hasta allí escondiéndote detrás de los peñascos que hay justo dentro de la entrada —continuó Garen—. Trepar por un lado de la cueva, y entonces colgarte fuera y llegar al saliente exterior. Si lo haces rápidamente, podrías no ser divisado.

—¿Podría no ser?

—No mirarán por encima de la cueva, estarán mirando el interior, tratando de divisar movimiento. Entonces puedes dar un salto de Fuerza sobre las primeras columnas y aterrizar cerca del mortero móvil. Cuando te descubran, trataré de desviar su atención.

Ferus miró a Garen dubitativamente. Parecía tan frágil como el plumanieve del que había hablado. Éste era el plan más loco que había oído nunca.

Pero no tenía uno mejor.

Y el tiempo se acababa.

—Van a avanzar —dijo Garen observando—. Dejémosles. Ve tras ese mortero de granadas. Yo me quedaré aquí para encontrarme con ellos.

Ferus le miró con incredulidad. — ¿Solo?

—No estaré solo —dijo Garen—. Las visiones me ayudarán. ¡Ahora ve! Y que la Fuerza te acompañe.

¿Era éste el plan correcto, o era simplemente que se había acostumbrado a escuchar a los Maestros Jedi? Ferus se mantuvo al un lado de la cueva mientras se acercase a la entrada, presionándose contra las sombras hasta que se unió a la pared de la cueva. Subió por un peñasco, moviéndose con mucho sigilo. Se equilibró en lo alto del peñasco, engancho sus dedos alrededor de la parte superior de la cueva, buscando un agarre seguro. Tendría que hacer

esto a ciegas, no podría ver el exterior de la cueva. Tendría que confiar en que una vez que se balanceara hacia afuera sería capaz de deslizarse encima del saliente.

Escaneó a los soldados de asalto, ahora debajo de él. Estaban mirando hacia adelante, con los rifles láser agarrados y preparados. Sin duda estaban esperando órdenes por los auriculares de sus cascos. Detrás de las líneas, el lanzagranadas móvil revoloteaba. Vio al soldado de asalto en la plataforma delantera con sus manos sobre los controles.

Ahora o nunca.

Se meció hacia afuera por el aire, lanzó su cuerpo por encima, no golpeó la pared de la cueva por un pelo, y aterrizó en el estrecho saliente. Rodó hacia atrás todo que pudo, ocultándose en las sombras. Su corazón martilleaba mientras esperaba, preguntándose si una granada le lanzaría hacia el cielo.

No ocurrió nada. No le habían visto. Hasta ahora todo bien.

Ferus sintió reunirse la Fuerza. Garen. Garen había accedido a ella y estaba creciendo.

Ferus saltó sobre las cabezas de los soldados atacantes. Pero si aquellos soldados no le vieron, los del mortero móvil si lo hicieron, dándole vida. Las granadas volaron por los aires, yendo hacia él en mitad de su salto. El sable láser de Garen se sentía equilibrado en su mano, y el asta azul resplandeció. Desvió las granadas mientras éstas zumbaban hacia él, bateándolas hacia los soldados de debajo.

Era extraordinario tener de nuevo un sable láser en la mano. Su entrenamiento regresó a él, no tuvo que esforzarse en recordarlo. Estaba allí en la forma en que se movía, estaba allí en el preciso ángulo de su ataque.

Aterrizó en la plataforma móvil, sus botas entraron en contacto con el soldado de asalto y le envió volando fuera de la plataforma. Se deslizó en el asiento, invirtió el motor del repulsoelevador con un tirón, forzando el motor hasta su máxima capacidad. El soldado de atrás se cayó.

El batallón se dispersó ante él mientras les disparaba una andanada de explosivos. Podía usar el mortero para entrar en la cueva y subir a Garen.

Pero de repente el mortero se inclinó hacia un lado. El soldado de asalto había saltado de repente a bordo. Ferus sintió el calor de un rayo láser por su oreja. Se agachó rápidamente, tratando de esgrimir su sable láser al mismo tiempo. Era un movimiento difícil, pero uno que podría haberse realizado fácilmente en su juventud. Ahora sus habilidades con el sable láser estaban oxidadas y él estaba sólo un poco desequilibrado. Para horror de Ferus, comenzó a caerse del mortero mientras el soldado apuntaba su bláster y disparaba.

Bueno. Tal vez no soy tan rápido como pensaba que era.

Sintió el calor abrasador en el hombro. Fue lanzado hacia atrás fuera del mortero y chocó duramente contra el suelo.

De acuerdo. Un gorgodon me usa como un saco de boxeo y una malvada visión me lanza como una pelota láser. Ahora me disparan con un bláster. No es un buen día.

Vio el mortero detenerse en el aire y girar. Regresaba a por él.

La furia martilleó a través de él. Furia contra sí mismo. Había fallado por completo. Para él, esto terminaba aquí, fuera de las cuevas de Ilum. El lugar más sagrado para los Jedi, y aquí yacerían sus huesos. La Fuerza ralentizó el tiempo, y él reactivó su sable láser. No podría apartarse del camino de la inminente andanada a tiempo, eso lo sabía, pero se uniría al Fuerza peleando.

Vio una luz trémula por el rabillo del ojo, un parpadeo de luz. Algo estaba cayendo del cielo.

Repentinamente, una explosión de luz le envió chocando contra el suelo.

Una carga alfa. Una pequeña explosión lanzada contra el mortero móvil. Luego otra, y otra.

Las granadas subieron en una explosión enorme. Ferus bajó rodando por la ladera, dando vueltas, cualquier cosa para escapar de ese calor terrible. Finalmente se detuvo al golpearse la cabeza contra un peñasco.

Vio a Trever en un caza, soltando explosivos encima del escuadrón, con una nave de transporte más voluminosa persiguiéndole. Los soldados de asalto salieron corriendo buscando cubrirse.

Ferus no dejaba experimentar el dolor que sentía. Lo aceptó y colocó su mente en la siguiente cosa. A cubierto del ataque de Trever, salió corriendo hacia la cueva. Sus ojos soltaron lágrimas por el humo, y su hombro parecía estar ardiendo.

Encontró a Garen cerca de la boca de la cueva, caído en el suelo, con un bláster cogido en su puño.

La nave aterrizó justo en el exterior de la entrada de la cueva. Ferus recogió a Garen. Era tan liviano como un pájaro. Corrió hacia la rampa. Los soldados de asalto le dispararon rayos láser, pero Trever logró soltar algunos explosivos más detrás de los peñascos y el fuego láser disminuyó.

Ferus subió corriendo la rampa con Garen. Cayó de rodillas al suelo.

Mientras el transporte que le había estado persiguiendo descendía, Trever tiraba de los controles hacia arriba. Forzando los motores, salieron disparados. No podrían salir del planeta, pero podían dejar atrás al transporte.

—Conozco un lugar donde podemos escondernos —dijo Garen—. Obi-Wan puede encontrarnos allí.

CAPÍTULO QUINCE

La llamada de socorro alcanzó a Obi-Wan mientras estaba dejando Polis Massa. Sabía exactamente en qué cueva estarían escondiéndose, esperándole, una cueva sin cristales en Ilum que los Jedi solían usar como un hangar seguro.

Durante el resto de viaje, Obi-Wan sólo pudo pensar dos cosas: Garen está vivo y Malorum debe ser detenido. Cuando llegó a la cueva, Ferus y Trever subieron a Garen a bordo. Obi-Wan quería ir atrás y ver a su viejo amigo inmediatamente, pero sabía que era esencial una huida rápida. Sólo después de que alcanzasen el espacio profundo y un Ferus recuperado asumiera el control de los mandos, Obi-Wan fue atrás para ver a su amigo.

Si antes había estado meramente agradecido al saber que su amigo estaba vivo, ahora su corazón se quebró al verle.

No le habría reconocido. Con los ojos cerrados, Garen se recostó, su piel estaba tan pálida y frágil como la nieve. Obi-Wan se sentía como si al respirar sobre él pudiera disolverle en vapor. Garen siempre había sido robusto y vibrante. Su cuerpo había crujido con electricidad, sus ojos desbordando de vida y humor.

Obi-Wan se aproximó con pasos lentos. Garen no se movió. Obi-Wan podía ver las delicadas venas azules de sus párpados, los oscuros círculos de sombras bajo sus ojos. Sus mejillas estaban hundidas, su pelo era escaso. Su pecho una vez musculoso parecía como si se hubiera socavado.

Los ojos de Garen se abrieron como si eso fuese la cosa más difícil que hubiese hecho nunca. Enfocó la vista en Obi-Wan.

—¿Puedo traerte algo? —preguntó Obi-Wan.

La voz de Garen era un susurro. —Sólo no me traigas un espejo. Puedo ver en tu cara lo malo que es.

—Estás vivo —dijo Obi-Wan—. Por lo que estoy agradecido.

—No estoy tan seguro de eso. Pero gracias por encontrarme.

Cada palabra parecía costarle a Garen un gran esfuerzo. ¿Qué podía hacer ahora Obi-Wan? ¿Cómo podía cuidar de él? No podía llevarle con él a Mos Eisley. Atraería demasiada atención, y además, difícilmente habría un buen cuidado en Tatooine. Necesitaba descansar y seguimiento constante.

Garen ya volvía a deslizarse de nuevo a la inconsciencia.

—Podemos hablar más tarde —dijo Obi-Wan. Apoyó una mano sobre el hombro de su amigo, sintiendo el hueso en su mayor parte. Todos sus sentimientos subieron a través de él, el amor por su amigo, la impotencia que sentía, el recuerdo de lo que Garen había sido. La pérdida de lo que habían tenido.

Se recobró y volvió a la cabina. Se deslizó en la silla al lado de Ferus. Trever había cedido al cansancio y se había quedado dormido en el área de asientos de la cocina de la nave.

—Gracias por rescatar a Garen —dijo Obi-Wan.

—Esto es sólo el comienzo —dijo Ferus—. D'harhan dijo que había otro prisionero Jedi en Coruscant. Garen dijo que encontró a otro Jedi en la cueva y ella fue hacia Coruscant. Podría ser el mismo Jedi. Todavía podría estar viva y prisionera.

—Coruscant es un lugar enorme. Podría estar en cualquier parte.

—No pueden esconder a un Jedi. La podemos encontrar. Podemos encontrarlos a todos.

— ¿Y entonces qué?

—Los llevamos a una base secreta.

Obi-Wan negó con la cabeza. —Sólo les expondrías a más peligro, Ferus. Nuestra mejor esperanza para la supervivencia es permanecer esparcidos por ahora. Demasiada energía de la Fuerza concentrada en un lugar podría alertar a los Sith.

—Creo que difícilmente un puñado de Jedi provocaría una respuesta —dijo Ferus—. Además, estaremos bien escondidos.

—¿Cómo vas a encontrar ese lugar?

—Ya lo he encontrado. Al igual que tu.

Obi-Wan pensó un momento. —El asteroide.

—No está cartografiado, viaja constantemente.

—Es un pedazo de roca sin refugio en mitad de una tormenta atmosférica.

—¿Ves a lo que me refiero? Perfecto. —La voz de Ferus era fuerte, determinada—. Ya he contactado con Roan, mi amigo de casa. Sé que era peligroso arriesgarse con una transmisión, pero es la única persona en quien puedo confiar que no está ya en esta nave o en ese asteroide. Tenemos un sistema codificado que establecimos años atrás, una serie de lugares donde encontrarnos. Va a traer suministros y después regresar a Ussa. Le di una lista detallada de suministros médicos que necesitaremos para Garen y algunas cosas más. Tendremos que ser autosuficientes.

Obi-Wan podía oír la excitación en la voz de Ferus, pero él no podía unirse. No era el momento de discutir. Era el momento de descansar y planear.

—Despiértame cuando llegemos al espaciopuerto —dijo.

Trever miro con atención hacia el exterior de la ventana de la cabina en el espaciopuerto de Nixor. Era un pequeño puerto que orbitaba alrededor del sistema Nixor. Era una confusión abarrotada y desorganizada. Los nixors, querellados con el resto del sistema, se negaban a actualizar el puerto o incluso a hacer reparaciones regulares. Los pilotos se desviaban de su rumbo para evitarlo si podían, pero siempre estaba abarrotado debido a su posición central en el Borde Medio. Era un lugar fácil para esconderse.

—Seguro que has escogido algunos agujeros sucios en la galaxia en los que reunirse —comentó Trever.

—Esa es la cuestión. Algunas veces el mejor lugar para esconderse es una multitud —Ferus activó la rampa y se apresuró a bajarla. Inspeccionó el desaliñado gentío y le vio casi inmediatamente. Roan estaba más delgado, y parecía como si todavía no se hubiese recuperado completamente de las lesiones recibidas durante su estancia en una prisión Imperial. Pero su sonrisa era la misma.

Camaronaron el uno hacia el otro lentamente.

—Pareces un durko en un mal día —dijo Roan.

Ferus sabía que era verdad. Se había administrado bacta en la nave, pero la combinación de heridas de bláster y la paliza del gorgodon le habían agotado. Y le daban un precioso hematoma verdoso en su sien, cerca del mechón plateado de su pelo.

—Gracias. Tú no eres exactamente un premio —contestó.

Roan avanzó y agarró los brazos de Ferus. Era su propio saludo especial para el otro después de una larga ausencia. Cuando Roan tocó a Ferus, le vio hacer una mueca.

—¿Qué ocurre?

—Sólo es una herida de bláster. Nada de lo que preocuparse.

— ¿No puedes simplemente escapar y esconderte, como todos los demás? ¿Tienes que ir buscando problemas? —bromeó Roan, pero sus ojos estaban preocupados.

—Bueno, ya conoces a esos Imperiales, son un puñado de diversión. No puedo mantenerme alejado.

La sonrisa de Roan era forzada. —Supongo que tienes que hacerlo.

—Así es. Ojalá...

—...Fuera diferente, lo sé.

—Hay Jedi vivos ahí fuera —dijo Ferus—. Quiero encontrarlos, ponerlos a salvo.

Roan asintió lentamente. —Pensaba que habías dejado la Orden Jedi.

—Lo hice.

— ¿En serio? No parece eso desde aquí.

—Ahora me necesitan. Algunos están todavía vivos. Escondidos. Si tuvieran un lugar al que ir, un lugar donde estar seguros, eso les daría una oportunidad para luchar de nuevo. Por eso voy a establecer una base secreta.

—Ah, eso explica el invernadero —dijo Roan.

— ¿Fuiste capaz de traerlo?

—Tengo un invernadero prefabricado, víveres, semillas, plantas, un sistema purificador de agua, y una completa unidad médica. Todo lo que pediste. Más combustible adicional y algunos datapads, algunas otras cosas. Tu vioflauta, para que puedas torturar a otros por la tarde como solías torturarme.

Ferus se rió, pero la tristeza le alcanzó. Su antigua vida se había ido realmente. Ido para siempre.

—Te estás poniendo en gran peligro —dijo—. Pero supongo que lo sabes. Bueno, no te preocupes compañero. Podemos vernos de vez en cuando. También tengo trabajo que hacer en Ussa. El Imperio ha reprimido con fuerza la resistencia, pero estamos esperando nuestro momento. Estás haciendo lo correcto.

—No sé si eso es cierto —dijo Ferus—. Sólo sé que tengo que hacerlo.

—Algunas veces —dijo Roan—, eso es todo lo que tienes que saber.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El radio faro funcionaba perfectamente, pero aun así tuvieron que zambullirse en la tormenta atmosférica para regresar al asteroide. Ferus estaba más acostumbrado a los desgarrones espaciales ahora así como a los repentinos vórtices gravitacionales que podían enviar la nave girando fuera de control. Aun así, cuando el asteroide apareció a la vista, todos ellos dejaron escapar un suspiro de alivio.

Toma y Raina debían haberles visto aproximarse porque estaban esperándolos mientras Ferus aterrizaba la nave. Ferus hizo descender la rampa y los tres bajaron andando.

—Estamos muy contentos de veros —dijo Toma.

—Nos estábamos cansando de la conversación del otro —dijo Raina. Intentaba bromear, pero había tensión en su cara. Sin duda había estado temiendo que no fueran a volver.

—Tenemos suministros —dijo Ferus—. Y a un camarada herido.

—Déjame verle —dijo Raina—. Antes de las Guerras Clon, estaba terminando mi entrenamiento médico. —Subió corriendo ágilmente la rampa de la nave.

Ferus se giró hacia Toma. —Vamos a establecer una base aquí. Esperamos encontrar a más Jedi que vengan. Tengo suministros suficientes para mantenernos abastecidos. Lo que necesito son seres que lo dirijan mientras estoy ausente. Esperaba convencerle y a Raina de ello. Soy consciente de que no es exactamente un trabajo atractivo, pero...

—No puedo hablar en nombre de Raina —dijo Toma—, pero no puedo imaginar causa mejor.

Descargaron los suministros. Obi-Wan, Ferus y Toma establecieron la vivienda prefabricada que estaba empaquetada pulcramente dentro de contenedores de duracero. Las estructuras de plastoide eran duraderas y estaban construidas para resistir el calor y el frío.

Cuando terminaron, hicieron una pausa para observar el oscuro cielo sobre sus cabezas. Puesto que el asteroide viajaba continuamente y no tenía sol, no había división entre noche y día. Aun así, existía el sentimiento de que había pasado el día, y era hora de dormir.

Obi-Wan fue a ver a Garen. Raina había establecido un tipo de clínica en una de las estructuras. Garen estaba durmiendo.

—Le llevará algún tiempo recuperarse —dijo Raina quedamente—. No hay nada que no podamos hacer por él aquí que no pudiera conseguir en una instalación de primera clase. Necesita descansar, comida y cuidado médico básico. Haré que mejore, Obi-Wan —miró a Garen con pesar en su cara—. Le recuerdo de las Guerras Clon. Ha cambiado enormemente.

Él puso su mano en el hombro de Raina. —Gracias por cuidar de él.

Obi-Wan salió de la estructura. Ferus estaba esperando solo, contemplando el cielo.

—¿Cómo está Garen?

—Durmiendo. Raina no sabe cuánto tiempo durará su recuperación. Pero estará bien aquí.

—Ahora que está instalado, creo que deberíamos partir hacia Coruscant —dijo Ferus—. No tenemos tiempo que perder.

Aquí estaba. Aquí estaba el momento en el que le decepcionaría. —No voy contigo, Ferus.

Ferus parecía triste pero no sorprendido. —Supongo que lo sabía. Sólo esperaba que cambiases de idea.

—Te he dado tanta ayuda como he podido.

— ¿Qué hay de Garen? ¿Es tu amigo!

—Le dejo en un lugar en el que pueden cuidar de él.

—Sí, necesita cuidados. Ese es la cuestión. Encontramos a Garen, y sabemos que hay otro Jedi que necesita nuestra ayuda —Ferus negó con la cabeza—. No entiendo cómo puedes alejarte de esto.

—Y yo no puedo explicarlo. Hay algunas cosas que simplemente no puedes saber.

Ferus bufó. —Tu misión secreta otra vez.

—Siento no poder decírtelo. Si necesitas mi ayuda de vez en cuando, te ayudaré. Pero no puedo construir esta base por ti. No puedo viajar a través de la galaxia contigo. Ya tengo mi lugar establecido en esta lucha.

Podía ver la impaciencia en la cara de Ferus. — ¿Entonces abandonarás a los que te necesitan, como tu mejor amigo?

—Ellos te tienen a ti. Ésta es tu misión, Ferus. Tú la escogiste.

Ferus apartó la mirada, furioso.

Los propios sentimientos de Obi-Wan eran un enredo dentro de él. No podía decir que no pensase que Ferus tenía razón. Una parte de él se preguntaba si estaba abandonando a Garen, y se preocupó por este frágil grupo. Toma y Raina eran valientes e imaginativos, pero sólo podían hacer ciertas cosas. Trever era listo e ingenioso, pero todavía era un niño. Garen estaba enfermo y débil. Y Ferus acababa de poner sus pies de nuevo en el camino. Estaba encargándose de demasiado, pensando que todavía era el poderoso Jedi que solía ser.

Y él estaba dejándolos a todos ellos para que se defendiesen por sí mismos.

Estaba haciendo lo correcto. Eso lo sabía. Pero continuar, hacer aquello, no lamentarlo... eso era algo de lo que no era capaz.

La aceptación no te guarda del arrepentimiento.

Esta vez era un recuerdo, y resonó claro como una campana en la mente de Obi-Wan. Él y Qui-Gon teniendo una de sus muchas charlas después de una misión. No podía recordar ahora qué era lo que lamentaba, o lo que había estado preguntando. Pero recordaba una resplandeciente puesta de sol y el principio del cielo nocturno por encima de él, y recordaba claramente la respuesta de Qui-Gon:

Ser un ser viviente es vivir con arrepentimiento. Esos que dicen que no lamentan nada son mentirosos o tontos. Acepta tu arrepentimiento del mismo modo que aceptas tus errores. Después sigue adelante.

Obi-Wan miró a Ferus, y sintió dolor en su corazón. Ferus era tan valiente, y había tanto delante de él. Aun así debía dejarle. El hecho de que su corazón pudiese romperse, el hecho de que pudiera llenarse de esta confusión... eso era algo que no había sentido durante mucho tiempo. Era algo que había esperado no sentir nunca más. Y sin embargo aquí estaba con su corazón lleno de sentimientos.

Y entonces supo, con tanta seguridad como conocía su misión, por qué Qui-Gon le había dicho que no estaba listo para entrenarse con los Whills.

Cuando usted sepa por qué no estás preparado, estarás preparado, le había dicho Qui-Gon.

Ahora lo sabía. Ahora estaba listo para volver.

—Tengo que pedirte dos cosas —dijo Obi-Wan. Una es Garen.

—Me ocuparé de que cuiden de él —dijo Ferus rígidamente—. No tienes que pedirlo. Nunca le abandonaré.

—Gracias. Ahora debo pedirte algo más. Temo que Malorum investigue en Polis Massa. Es mejor si no sabes por qué. Logré desviar la investigación por un tiempo, pero no sé lo que sabe Malorum o lo que planea hacer a continuación. Las respuestas a esas preguntas pueden poner en peligro a todos los Jedi y a la propia resistencia.

—Le rastrearé para ti —dijo Ferus—. Puede llevar algún tiempo.

—Hazlo lo mejor posible —dijo Obi-Wan—. Si continúa investigando, necesitaré saberlo. En tu viaje a Coruscant necesito que me dejes en Tatooine. Es hora de que regrese.

—Me tratarás como un aprendiz —dijo Ferus—. No me dirás lo que vas a hacer, y vas a darme órdenes.

—Eso parece —dijo Obi-Wan—. Pero no pienso en ti como un aprendiz.

—¿Cómo piensas en mí entonces? —preguntó Ferus irritado.

—Como un Jedi —dijo Obi-Wan—. Uno de los últimos. —La preocupada mirada de Ferus se aclaró. Tomó aire profundamente y eso pareció calmarle.

—Ha pasado mucho tiempo desde que fui un Jedi —dijo—. Las viejas maneras están arraigadas en mí, pero tengo que luchar para redescubrirlas. Aceptación, ¿verdad? Aceptación sin juicio. Eso es lo que necesito.

—Es algo por lo que esforzarse, de todas formas.

Ferus se giró para mirarle. Obi-Wan vio que Ferus no le entendía. No le había perdonado. Pero había dado un paso en el camino. —Entonces lo intentaré.

CAPÍTULO DIECISIETE

Aterrizó la nave de Toma fuera del asentamiento de Mos Eisley. Obi-Wan se envolvió en su capa. El viento estaba agitado, y la arena del exterior soplaba alocadamente. Bien. Todo el mundo tendía a permanecer en sus refugios durante tormentas de arena. Tendría un solitario camino hasta su morada.

—Adiós, Trever —dijo Obi-Wan—. Hemos tenido un viaje interesante juntos. Que la Fuerza te acompañe.

—Que vuelva a ti, 'Wan.

Trever entró en la nave, y Obi-Wan se quedó en lo alto de la rampa con Ferus. Las partículas de arena arañaban sus mejillas y la piel expuesta.

—Un lugar encantador —comentó Ferus—. Puedo ver por qué quieres quedarte.

—¿Y tu asteroide es un jardín?

—Ah, pero lo será.

Obi-Wan hizo una pausa. Había una parte de él que quería quedarse con Ferus, agarrarse a este enlace humano con el pasado. Pero sabía lo que tenía que hacer, y que tenía que hacerlo solo.

—Me alegro que nuestros caminos se cruzasen de nuevo —dijo ahora.

—Fuiste amable conmigo cuando fui aprendiz —contestó Ferus—. Te admiraba más que a cualquier Jedi... a ti y a Siri. Ahora supongo que también tengo que confiar en ti. Eso no es tan fácil.

—Qui-Gon diría que en lo que se refiere a la Fuerza Viva, la confianza es la única moneda en curso —dijo Obi-Wan.

Ferus asintió. —Dijiste que me ayudarías si lo necesitaba. Te prometo lo mismo. Que la Fuerza te acompañe, Obi-Wan Kenobi.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Obi-Wan—. Encuéntralos y reúnelos. Ponlos a salvo.

Con la mano en su nuevo sable láser, Ferus retrocedió por la rampa. Obi-Wan bajó hasta el rocoso terreno de Tatooine. Se retiró hasta el relativo refugio de un saliente del acantilado para observar como Ferus hacía una comprobación de vuelo antes de partir.

Una voz entró en su cabeza.

Nunca dije que la confianza fuese la moneda en curso de la Fuerza Viva. Esta vez, Qui-Gon sonaba seco, divertido. Obi-Wan sonrió. —¿No?

No creo que dijese nada tan pomposo. Suena más a ti.

Obi-Wan se recostó contra el muro de roca. —Es bueno estar de vuelta.

Algo ha cambiado en ti. Lo siento.

—Ahora sé por qué no estaba preparado para recibir el entrenamiento —dijo Obi-Wan—. Había perdido mi conexión con la Fuerza Viva. Tú me enseñaste, mi vida me había enseñado, Siri me enseñó... cómo conectarse con la Fuerza Viva. Aprendí a vivir con un corazón abierto. Pero entonces Anakin se volvió hacia el lado oscuro, y perdí mi perspectiva.

Sólo sentías rabia y culpa y la dirigiste hacia ti.

—Había mucho por lo que culparme.

Tal vez.

—Pero aun así, no podía ver la forma de escapar de eso.

Cargaste con toda la responsabilidad por lo que ocurrió. Repasaste tus errores una y otra vez. Deberías saber esto, Obi-Wan, fue Anakin el que eligió volverse hacia el lado oscuro. La pena no le empujó hacia allí. Tú no le empujaste hacia allí. El tomó la decisión.

—Hubo tantas cosas que debería haber visto. Tantos lugares donde debería haberle corregido.

Sí. Pero debes aceptar tu arrepentimiento del mismo modo en que aceptas tus errores. Después seguir adelante.

—Alguien me dijo eso una vez, hace mucho tiempo.

La sonrisa había vuelto a la voz de Qui-Gon. Una pena que no escucharas.

Obi-Wan sintió que algo se alzaba. Qui-Gon estaba en lo cierto. La culpa le lisiaba, y ahora se había ido.

Había aprendido a perdonarse a sí mismo. Había aprendido a abrirse de nuevo al dolor.

Ya no era el mismo hombre que era cuando se exilió a sí mismo por primera vez en Tatooine. Había querido al exilio más que a sí mismo. Había querido exiliar su corazón.

Bueno, viviría aquí, y velaría por Luke, pero no dejaría de vivir.

Y empezaría por perdonar sus errores. Ahora sabía que era parte de una gran lucha. La galaxia no se volvería contra sus fracasos. No dependía de su éxito.

El poder del Imperio era impresionante. Aterrador. Pero Luke y Leia estaban vivos. Ferus estaba vivo, y tal vez otros Jedi también lo estaban. Algún día, una rebelión se alzaría.

Obi-Wan observó la nave gris alzarse en el aire y desaparece de la vista. Ferus era el futuro. Ferus tomaría la pelea a la que Obi-Wan no podía unirse.

Obi-Wan preparó su mente. Sintió la presencia de Qui-Gon, estable y seguro.

—Estoy listo para empezar —dijo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ferus introdujo la nave en la abarrotada vía rápida espacial hacia la superficie de Coruscant. Trever nunca había visto tanto tráfico espacial. Las vías estaban densas por los vehículos, todos maniobrando con habilidad para conseguir una posición.

—Nunca has visto nada parecido, ¿verdad? —preguntó Ferus.

—Nunca.

—Tiene casi cualquier cosa que quieras —dijo Ferus, ondeando una mano hacia los miles de edificios. Trever se sentía impresionado. Nunca había visto tantas luces, y detrás de cada luz había un negocio, una casa, una morada—. Y tengo contactos aquí. Podría ser un lugar para ti donde echar raíces.

Un pinchazo sacudió el estómago de Trever. Había pensado que él y Ferus eran socios. Por supuesto, había pensado en dejarle en Ilum, pero no lo había hecho. Ahora Ferus estaba aprovechando la primera ocasión para deshacerse de él.

Ferus vio la mirada en su cara. — ¿Qué pasa?

La cara de Trever se endureció. —Preparado para descargar la basura espacial, ¿huh?

—No —dijo Ferus—. Pero ahora tengo una nueva meta. Es peligroso. No sé donde iré, cómo viviré. No puedo arrastrarte a eso.

—Tú no me arrastras.

—Y tú no puedes decirme que no has pensado en marcharte —dijo Ferus—. Hay formas más fáciles de vivir.

—De acuerdo, lo he pensado —admitió Trever—. Y no puedo decir que esté loco por este asunto de la base Jedi. Pero no sé, siento cierta conexión contigo. Esa es la horrible verdad.

Ferus se rió. —Gracias. Supongo.

Trever se despezó y puso sus pies en la consola. —Así que si no te importa, todavía no voy a ninguna parte.

Ferus sabía que debía tratar de no llamar la atención. Sabía debía atracar espaciopuerto más abarrotado y perderse entre el vasto gentío.

Pero no podía resistirse a pasar por el Templo Jedi. Tenía que ver.

Se alzaba ante él. Al principio, parecía un espejismo, irreal, una holo-proyección. Porque esto no podía ser real.

Las torres, quebradas. La mitad superior de los capiteles del Templo, ennegrecida por el fuego.

Estaba en ruinas. Las graciosas habitaciones, los vestíbulos, los jardines, las fuentes.

Ido.

Un profundo temblor le traspasó. Sus manos se estremecieron en los controles. A su lado, incluso Trever estaba en silencio.

¿Había asumido realmente la pérdida de los Jedi hasta ese momento? Parecía que no. Ahora le llenó. Se ahogó en su furia, en su dolor. En su pesar.

Estarían en peligro en Coruscant a cada instante. No sabía donde empezar a buscar al Jedi detenido. No sabía cuales de sus antiguos contactos estaban muertos. Algunos ahora podían ser

espías para el Imperio. Ahora estaba en una nueva galaxia, y no estaba seguro de tener las herramientas para maniobrar a través de ella.

Pero con la mirada en la devastación del Templo, fue más consciente que nunca de su camino.

¿Por qué él? Las visiones le habían acusado de arrogancia. Pero Ferus sabía que la respuesta era simple. Era el único que podía. Encontraría hasta el último de los Jedi y los llevaría a casa.

Continua.....